



ALCALA DE HENARES
MAYO 1904
CENTRO MUNICIPAL DE DOCUMENTOS

SUPLEMENTO

A LA

CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

OCTUBRE DE 1876.

GLORIA A CERVANTES.

Al coleccionar en este SUPLEMENTO Á LA CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS las composiciones en prosa y verso leídas el 23 de Abril de 1876, en la magnífica velada literaria celebrada aquella noche en los salones de las Escuelas Católicas de Cádiz, para conmemorar el aniversario 260 del fallecimiento de Miguel de Cervantes, debemos empezar congratulándonos por la grandeza y majestuosidad con que tan patriótica fiesta se verificó en nuestra ciudad querida.

La velada en las Escuelas Católicas, iniciada y efectuada por la Direccion y Redaccion de la revista literaria *La Verdad*, con la cooperacion de muchos cervantistas de Cádiz y de la provincia, fué una suntuosa solemnidad en que todo era digno del gran Ingenio cuya muerte se conmemoraba. (*)

Desde las siete de la noche los salones de las Escuelas Católicas estaban ocupados por una numerosa y distinguida concurrencia, asistiendo tambien el Excmo. Sr. Gobernador militar, el Sr. Arcipreste de esta Sta. Iglesia Catedral, Ilmo. Sr. D. Francisco Garcia Camero, el Juez municipal Sr. Baillyeres, el fiscal Sr. Luchi, el registrador de la propiedad Sr. D. José Perez de Guzman, el concejal Sr. Abascal, los directores de *El Comercio*, *El*

(*) Además de la velada literaria, la Redaccion de LA VERDAD solemnizó el aniversario, asistiendo á las nueve de la mañana á una misa con responso que se celebró en la capilla de la ciudad, sita en la Iglesia de San Juan de Dios; repartiendo á las doce quinientas medias hogazas de pan á los pobres; y sorteando una medalla de plata, conmemorativa, entre individuos que, perteneciendo á cualquiera de los diferentes cuerpos de la Armada, quedaron inutilizados en la guerra del Norte, como recuerdo de que Cervantes perteneció á dicho cuerpo y quedó manco en el glorioso combate de Lepanto.

Defensor, *La Palma*, *La Opinion* y varios catedráticos del Seminario.

A las ocho se dió comienzo á la velada, ocupando la presidencia el Excmo. Sr. Gobernador militar, teniendo á su derecha al Sr. Arcipreste, y á la izquierda al Excmo. Sr. D. José de Villasante.

El Sr. Gautier leyó un breve trabajo, en el que demostró el noble fin que le habia impulsado á celebrar, con la cooperacion de muchos cervantistas gaditanos, el aniversario de la muerte de Cervantes.

Acto continuo se ejecutó un precioso *Himno á Cervantes*, letra de D. Casto Vilar y Garcia, y música del distinguido compositor gaditano Sr. D. Ventura Sanchez de Madrid; cuyo trabajo obtuvo muchísimos y muy justos aplausos. La señorita D.^a Elisa Rivas y el Sr. D. Eduardo Betinelli, cantaron con singular maestría y buen gusto las estrofas del referido Himno.

Despues del IMPROMPTU IMITATIVO á grande orquesta del mismo Sr. Sanchez de Madrid, dióse lectura por el Sr. don Manuel Marzan á un filosófico y notable trabajo del Ilmo. Sr. D. Servando Arboli y Farando, canónigo de la metropolitana de Granada, titulado *El espíritu de Cervantes*.

El Excmo. Sr. D. José de Villasante y Catalan leyó un buen soneto.

El Sr. D. Francisco Rodriguez Blanco dió lectura á una *Carta de D. Quijote á Sancho Panza*, en la que demostró su excelente ingenio y no ménos excelente gusto literario.

Unas lindísimas quintillas fueron leídas por su autor D. Pedro Canales.

Este mismo señor leyó un notable trabajo científico del Ilmo. Sr. D. Cayetano del Toro, en que demuestra su mucha

A mi querido amigo D.^o Lucas del Campo, C. F. J.
R. L. Mainery

erudicion y su grande admiración á Cervantes.

El filósofo cristiano se intitulaba una magnífica poesía á que dió lectura su autor el Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro.

Despues de breves momentos de descanso, dióse principio á la segunda parte con una fantasía para violin por Verme, titulada *Ruy Blas*, con acompañamiento de piano, ejecutada admirablemente por el distinguido profesor don Manuel Escobar.

El director de la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS leyó un precioso escrito, que tenía por epígrafe *Miscelánea Cervántica*, del sabio doctor Thebussem, lleno de originalidad como todos los suyos.

El Sr. Castro dió lectura á un ingenioso y bello soneto de D. Nicolás Díaz de Benjumea.

El director de la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS á un excelente estudio de don Manuel Cervantes Peredo, sobre Cervantes y Santa Teresa de Jesús.

Con una sentidísima poesía del Sr. D. Manuel Cerero y Soler, que leyó él mismo, y otra muy bella del Sr. D. Pedro Ibañez Pacheco, en metro antiguo, á que dió lectura el Sr. Gautier, tuvo fin la segunda parte.

Con la fantasía original para flauta, *Homenaje á Tulon*, con acompañamiento de piano, por Demersseman, principió la tercera parte. Dicha fantasía fué ejecutada con grandísima perfeccion por el distinguido artista Sr. D. Federico Rotland, obteniendo muchísimos aplausos.

El Sr. D. Luis Morales y Cabe dió lectura á un bien escrito trabajo suyo, titulado *Sancho Panza Juez*.

El Sr. D. José de la Plaza leyó un buen soneto de D. Emilio Gomez de Cádiz.

D. Eduardo Gautier, un interesante estudio crítico, debido á la pluma del joven é ilustrado escritor D. Manuel Martín de Mora.

D. Arturo Garcia de Arboleya, una seductora poesía, intitulada *Cervantes en Lepanto*.

El Sr. Gautier, unas preciosas décimas

de D. Casto Vilar y Garcia, con lo que terminó la tercera parte.

Al empezar la cuarta y última de la velada, ejecutóse la magnífica *Polonesa de Concierto* á grande orquesta, del insigne maestro gaditano D. Ventura Sanchez de Madrid.

Leyéronse luego poesías de los Sres. D. José M.^a Leon y Dominguez, D. José de Villasante y Lago, D. José de la Plaza, D. Pedro Sañudo Autran y D. Santiago Hidalgo, terminando la solemnidad literaria con un trabajo en prosa del director de la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS, enalteciendo á Fray Juan Gil, y unas hermosas octavas reales del Ilmo. Sr. D. Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros, Obispo de Cuenca.

Las doce de la noche eran cuando finalizó tan magnífica velada literaria, que será siempre recordada con placer por los admiradores de Cervantes, como una de las más suntuosas que se han celebrado en nuestra patria en enaltecimiento y loa del Príncipe de los ingenios españoles.

R. L. M.

Cádiz: 1876.

PRIMERA PARTE.

BREVES PALABRAS.

Atrevimiento y osadía grandísimos parecerán, y confieso serlo así efectivamente, que sin merecimientos literarios y sin títulos para ello, sea yo quien primero dirija la palabra esta noche á auditorio tan escogido, tan ilustrado y tan entusiasta de las glorias patrias como el presente. Pero disculpan en cierto modo ese atrevimiento y osadía, primero lo patriótico del asunto, cuya iniciativa tomé como Director de la Revista Gaditana *La Verdad*, y despues el motivo de esta reunion, tan noble, tan elevado y tan ajeno de la vanidad, cuanto que tiene por único objeto rendir un tributo de veneracion á la memoria de aquel autor insigne, de

aquel ingenio cristiano, de aquel hombre probó é ilustradísimo que escribió *El Quijote*: Miguel de Cervantes Saavedra.

Para conmemorar la muerte de este insigne escritor cristiano, hoy 260 aniversario de ella, se verifica esta reunion. Mi pensamiento, fué gratamente acogido desde luego por todas las personas á quienes lo comuniqué, favoreciéndome con su cooperacion, no sólo los más acreditados literatos de Cádiz y de su provincia, alguna de las corporaciones oficiales y todas las particulares, sino además algunos hijos distinguidos de esta ciudad á quienes me dirigí.

Cádiz, esta ciudad que tiene el instinto del buen gusto en las artes, en las ciencias y en la literatura, que ostenta con orgullo entre sus más preciados timbres el de ser eminentemente cristiana, á la que tanto y tan seductoramente realzan sus hijas con su religiosidad, sentimientos caritativos, virtudes y belleza, desmiente en esta noche y en este sitio las injustas acusaciones que se la dirigen de apatía en lo respectivo á las bellas letras, recordando con singular ostentacion el aniversario de Cervantes, cooperando á este fin patriótico una parte considerable de lo más escogido de la sociedad gaditana.

Y otro motivo de satisfaccion grande es para todos nosotros, el saber que aquí va á celebrarse el aniversario del insigne escritor tal como debe verificarse, enalteciendo la memoria del autor cristiano, del literato eminente, del moralizador de costumbres, que fué lo que Cervantes significó y significa en la literatura nacional, alejándonos de cualquiera otra senda desde donde no se sabrian apreciar seguramente los escritos del ilustre español.

S. M. el Rey D. Alfonso XII, amante de las glorias patrias, digno sucesor del Sabio por excelencia, admirador de los escritos del cautivo de Argel, ha respondido ilustrada y generosamente al pensamiento de los cervantistas en este sitio convocados, y el nombre augusto del joven monarca, de tan noble y entusiasta corazon, es el primero entre los socios de esta solemnidad literaria. Saludemos al

magnánimo y regio cervantista que así honra al pobre manco de Lepanto.

Si la Redaccion de *La Verdad* sabe interpretar fielmente el pensamiento de los admiradores de Cervantes; si la solemnidad de esta noche puede servir de ejemplo para los sucesivos años, como la única manera de venerar dignamente al talento y á la virtud; si con ella tambien conseguimos demostrar el modo respetuoso y severo con que los cervantistas de Cádiz conmemoran en este recinto el aniversario 260 de la muerte del autor de *El Quijote* y de las Novelas ejemplares; si la Redaccion de *La Verdad*, en fin, consigue enaltecer el nombre y cultura de Cádiz, como se propone y espera lograrlo, así en ésta como en sucesivas análogas reuniones, en loor de los más insignes escritores del Siglo de Oro de nuestras letras, se considerará suficientemente recompensada en los desvelos que ha tenido y tiene por conseguir resultado tan satisfactorio, y en que ante todo predomina el verdadero amor á la patria.

Séame permitido para concluir, tributar públicamente mi agradecimiento á cuantas dignidades, autoridades, artistas, literatos, poetas y escritores públicos se han dignado acceder á mis deseos, prestando su valioso y noble concurso para la solemnidad que va á comenzarse. Sea de todos ellos la gloria del buen éxito; que á mí bástame haber contribuido, en la pobre posibilidad de mis esfuerzos, al enaltecimiento del nombre de Cervantes y de nuestra ciudad querida.

E. GAUTIER Y ARRIAZA.

23 de Abril de 1876.

HIMNO A CERVANTES.

De lo inmenso del Genio divino
Un destello tomó Dios potente,
Que bajando del Cielo á tu frente
A la tierra viniera á alumbrar.

Luchó en vano el contrario destino
En borrar tu fulgente memoria;
Que los rayos que lanza la gloria
Nunca el hombre consigue apagar.

Tú más grande en tu humilde pobreza
Que la edad que no supo ignorante
Alcanzar á tu vuelo gigante,
Ni tu rastro de fuego seguir,

Alza ya la arrogante cabeza,
Que vengando tu inmenso renombre,
Siente España, escuchando tu nombre,
Orgullosa su pecho latir.

Oye ¡oh Genio! del Cielo dó moras
Cómo un eco en el mundo resuena
Que clamando ¡Cervantes! atruena
A la tierra, los aires y el mar:

Son las voces que lanzan sonoras
Razas mil adorando tu gloria;
Es el grito que lanza la Historia
No pudiendo tu nombre callar.

CORO.

Al nombre de Cervantes
Los himnos entonemos,
Las glorias celebremos
Del Genio ante el altar:
De júbilo radiantes,
Mil ecos de alegría
Lance la patria mía
Su nombre al recordar.

CASTO VILAR Y GARCIA.

EL ESPIRITU DE CERVANTES.

Hay recuerdos que enaltecen, sentimientos que subliman y glorias que acrecientan la riqueza de los pueblos. Cuando estas fuerzas se adunan, simbolizando el espíritu de las naciones; cuando en la lucha sin tregua entablada por distintos bandos, para decidir de lo venidero y cubrir de esperanzas lo presente, se alza como emblema, y como tipo de regeneración moral, una idea peregrina y un conjunto de verdades enlazadas, como hojas de laurel, sobre las sienes de gigantesca figura que impera con su poderío y subyuga por su grandeza; cuando se pronuncia un nombre mágico, lleno de melodías para el corazón y henchido de méritos para la Historia, y en ese nombre hay algo más que la significación de un principio y que la eficacia de una virtud, hay condensada toda la energía del espíritu, todo el valor de la tradición, todo el encanto de la belleza, ligando en concierto unísono, letras, armas, heroísmo, generosidad, cubiertas con el cendal del infortunio, para prestarlas realce con la majestad de la desgracia, vindicada muy luego por la gratitud de los hombres; bien puede aseverarse que no se han agotado los veneros del corazón, ni perdido los frutos del trabajo lento de los siglos, en esa acción que desarrolla el pensa-

miento providencial sobre las generaciones.

Hoy que conmemoramos un solemne aniversario, séanos lícito emitir estas ideas, nunca más adecuadas que cuando se consagran á la memoria del Príncipe de los Ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra, en cuyo nombre ilustre parece que convergen todos los timbres de la patria y todos los blasones jamás oscurecidos por el vértigo de afanes insensatos, de filosofías ateas, de letras sin criterio y de empeños sin dirección ni rumbo acertado. Fuerza es detenerse en los caminos, para inquirir de sus monumentos la grandiosidad misteriosa de antiguas civilizaciones: así son los grandes hombres; así son los genios que ilustraron las armas y la ciencia, tan apuestos para rubricar con sangre la causa de la cultura, como para regocijar á las musas y alegrar á los doctos con el acierto de sus máximas ó con las notas de sus cantares. ¡Cuánto orgullo no siente el corazón al registrar en los fastos de la literatura esos encomios que dedicó á nuestro Cervantes la pluma de los extraños, llamándole «*honor y gloria, no solamente de su patria, pero de todo el género humano!*» ¡Sombra augusta del cristiano filósofo, del devoto Ingenio, del valiente soldado, del eminente escritor, ya estás vengada!... Los pueblos á porfía, las inteligencias concordes y los corazones rebosando entusiasmo, llegan afanosos á tu tumba para buscar en ella el desagravio de glorias ultrajadas, y la rica inspiración creadora de nuevos gémenes que embalsaman las auras cargadas de tus lauros é impregnadas de tus acentos. Tú has recordado al mundo la misión divina del saber, los peligros de locas aventuras y el dulce solaz de los amores cristianos: ¿qué más para asegurarte un lugar preferido en los nobles pechos de Castilla?... Se ha cumplido, en verdad, la oportuna sentencia de Capmany: «*conténtense sus aficionados, de que si fué maltratado de la fortuna, ha sido en cambio bien agasajado de la fama...*»

Los pueblos, guiados de ese instinto admirable que es la condición de su vida íntima, no han menester para adivinar el

genio, ni labrar coronas á la virtud, auxiliarse del ánimo investigador que desmenuza con prolijidad las obras de los grandes maestros. A esa *condicion del sentimiento*, á esa copia razonada de maduros juicios y de severas afirmaciones, puede acudir para trazar sus elogios el alumno de Cervantes, con mayor provecho aún que á los trabajos exquisitos y á los profundos análisis de Mayans y de Rios, de Pellicer y de Navarrete. ¿Quién lo duda? Las páginas del *Hidalgo manchego* condensan la historia del corazón y los anales de nuestras aberraciones. Es el libro del pueblo, de ese pueblo que sólo es feliz cuando es sensato, y cuando advierte en los donaires de la novela ó en los esfuerzos del talento, la solución del enigma que embarga sus ensueños y que suele precipitar sus locuras. Autoridad, fe, patriotismo, alianza estrecha de los deberes con los derechos humanos; todo esto lo dignifica el escritor, y todo esto lo acepta y lo bendice el pueblo que repite la lengua de Cervantes, la de Mariana y Rioja, la de Leon y Granada, la de Garcilaso y Herrera.

Ni basta con saborear el texto clásico de nuestro romance en ese portentoso que con justicia es llamado «el mayor esfuerzo del genio, de la filosofía y del saber humano:» quien no sepa sentir sus bellezas ni empaparse en su espíritu, no será digno jamás de proferir sus encomios. Entre el erudito que indaga y el ignorante que siente, entre el que admira la belleza y el que ama la verdad fecunda, nutrida á la sombra del Evangelio, no es dudosa la elección: Cervantes no ha escrito sólo para los que saben entender, si que más bien para los que saben amar, para los que creen y meditan, no para los que dudan... ni menos para los que blasfeman y niegan! Hoy reclama de nosotros, con el sufragio de la oración, la espontaneidad de nuestras convicciones. El literato *empobrecido*, que subía al Parnaso para *desatajar á los poetas indignos de este nombre*, no puede menos de proseguir su misión, poniendo linde inextinguible entre la ciencia incorrupta y las utopías ruines que afectan escudarse con el más sagrado de los títulos.

Sembrado de asperezas, pero cubierto de gloria, se dibuja el camino que nos ha trazado para extirpar los errores que suelen hacer progreso en los incautos, ó adquirir naturaleza entre los doctos. Modelados en las lides, urbanos en las contiendas, como Cervantes en presencia de sus émulos, no olvidemos tampoco que en el libro de la Historia debemos escribir sentencias bien probadas, que desacrediten los modernos delirios. Urge mucho ridiculizar sus *doctrinas*, sus *héroes*, sus *hazañas*, y examinándolas á la luz de la filosofía, ver si sostienen un examen maduro, una refutación vigorosa. Presto serán sus aventuras desengaño de ilusos y lección severa para la sociedad! Están juzgados: pasa el periodo de los dementes, y queda escrita su novela para ejemplo de los venideros...

«Ninguno, ha dicho un famoso historiador, comprendió como Cervantes toda la grandeza de su lengua patria.» Es porque ninguno como él profundizó los elementos que informan nuestro espíritu. Esos tipos simbólicos de su peregrina invención, valen tanto como todos los empeños humanos, y están definidos con tanta propiedad como todos los destellos del genio en sus múltiples irradiaciones. Por eso es un libro inmortal, porque no puede caducar nunca lo que significa y envuelve. Es por eso, también, que al extasiarnos ante sus primores, no tememos esa mengua de nuestra generación, que divide en opuestos bandos á sus hijos. Cervantes ha escrito para todos: su libro es el ejemplar de todos los estados y el espejo clarísimo de todos los caracteres. No pueden hacerlo suyo los de ayer, ni apropiárselo los de hoy, ni prometérselo los del mañana; porque el ser que describe, es el hombre de todos los siglos, el hombre del Eden que amancilla su inocencia, el hombre de la Historia cubierto con harapos de púrpura, el hombre de la inmortalidad en las hermosas transfiguraciones obradas por la idea cristiana, sobre el Thabor de sus glorias, en los dominios del Evangelio. Y como si algo faltase para sublimar tan delicioso conjunto, el filósofo lleva al lecho del dolor los consuelos de la resignación y los premios del

infortunio, y, fija su pupila en el signo del amor, espira en brazos de su Dios, para regalarnos con el último de sus ejemplos un modelo cabal y un blason de aquilatada nobleza.

Prescíndase de este espíritu en las obras de literatura: limitemos la solemnidad presente en un tributo obligado que se consagra al hombre sabio: no alcemos la mirada para abarcar esos horizontes luminosos y esos meridianos diáfanos, donde los astros de la ciencia reciben todas sus luces del sol divino de Justicia, verbo iluminador de las almas; y entónces, ah! entónces, habremos acariciado nuevamente los delirios febriles que tachó la pluma del varon insigne, ornato de las letras cristianas; habremos abierto el reinado de la fantasía y del capricho sobre las ruinas de los preceptos, «la fantasía de la opinion en la esfera de las creencias, la del corazon, ó más bien de los sentidos, en el órden de las afecciones.» En los ámbitos de esta escuela arbitraria la verdad y el error guardan funestos enlaces y nefandos casamientos; y tanto más seguros del éxito los adversarios del bien, cuanto mejor disfrazan el sofisma en la confusa mezcla de enseñanzas, como ya lo notó un insigne literato y Padre de la Iglesia, el rumbo de la doctrina y los alientos del genio irán encaminados á la universal defección, cuyos multiformes síntomas han lamentado, no una sola vez, los discípulos de la verdad revelada. Embrazar el escudo de la fe, y blandir las armas de la justicia; no pactar con la mentira ni disimular con amaños la gravedad de la moral austera y de la fe indiscutible; seguir la ruta marcada en las obras de Cervantes, donde la razon se humilla para mejor esclarecerse y donde la virtud no se ofende á pretexto de resguardarla: esta es la mision de los escritores y los doctos, y el único porvenir de las buenas letras, para emular esa gloria que hoy vemos fulgurante sobre las sienes del Príncipe de los Ingenios.

Justo es congratularnos por ese movimiento espontáneo que, al levantar en todos los ángulos del orbe civilizado un grito de admiracion á Cervantes, nos hace concebir esperanzas de que no serán

perdidos tan asiduos empeños, para restaurar el imperio de los sanos principios, siempre amenazados por la ingerencia de doctrinas que nunca fueron *españolas*.

Cumpla tambien al noble y culto pueblo gaditano allegar recursos intelectuales para ese concierto universal de los amantes del saber. Ciudad querida, ¡cuán tierna es para mi corazon tu memoria! ¡cuánto apena mi alma el recuerdo de un dia aciago, en que osaron empañar tu lustre los que no te conocen ni comprenden! Hija de Tiro, perla de los mares, aún más hermosa por tu fe que por tus tradiciones riquísimas cuando fuiste emporio del orbe y la joya más preciosa del Atlante, plegue al Cielo que en tu seno no se extinga el fuego sacro que alimenta los pueblos y que ilumina las sendas de su prosperidad! Si no puedo entonarte un cántico desde las orillas de dos rios que arrastran en sus arenas las glorias del árabe andaluz; si no me es dado ofrecerte esos ecos dulcísimos que moduló la cítara de sus poetas, ecos tan puros como las nieves de sus montañas, tan variados como los matices de sus cármes, tan serenos como el aura apacible de sus noches, recibe al ménos el amor ardiente de un hijo que se enorgullece de este título, y que hoy quisiera depositar en tus manos una ofrenda digna de tu historia y digna del *Ingenio sin segundo* á que consagras con afán los tesoros de la imaginacion y los frutos maduros del talento.

SERVANDO ARBOLÍ FARANDO.

A CERVANTES.

SONETO.

Genio inmortal, cuya asombrosa historia
Al mundo de las letras enaltece,
Gozoso al contemplar cuál resplandece
En este aniversario tu memoria:
De mármoles y bronce á tu gloria,
Egregio templo en galardón te ofrece
Esta joya del mar, que se envanece,
Guirnalda mil, tegiendo á tu victoria.
Victoria, si; aunque la ingrata suerte
De zarzas nada más, sembró el camino
Que erguido atravesaste en tu quebranto.
Vive en la eternidad ¡oh varon fuerte!
Pues por ello te dió sólo el destino,
Cadenas en Argel, sangre en Lepanto.

JOSÉ DE VILLASANTE Y CATALAN.

UN HALLAZGO.

Desde aquel que con unas piedrecitas extasiaba á la Grecia con sus discursos sublimes, se han visto tantas singularidades, que nada hay por qué admirarse. ¿Quién pensara que un pobre Manco había de enseñar á escribir á todas las generaciones habidas y por haber? ¿Acaso no habrá quien hable con trabajo, y pueda, sin embargo, enseñar á hablar á algunos que se tengan por hablistas? ¿No hay quien con los piés traza caracteres ó dibujos bellísimos, que otros no imitan con las manos? ¿Qué extraño, pues, que hable ó lea (*) un casi mudo? No ha necesidad de milagros: si el Hijo de Dios daba el habla á los mudos, el oído á los sordos, y la vista á los ciegos, aquellos eran hechos sobrenaturales; pero los hay también muy naturales, que á veces suelen sorprender. ¿Quién no ha visto en la vida real, ó en dramas ó tragedias, en un momento solemne, decisivo, á un mudo ó á un insano recobrar el habla ó el juicio, y ser uno de tantos medios que conspiran al desenlace? Pues si hubo quien á causa de una vehemente pasión, real ó verosímil, recobró el juicio, ó venció la parálisis de la lengua, ¿cómo no admitir semejante hipótesis en quien, revolviendo un día miles de librotres, legajos, escrituras y documentos varios de los siglos XVI y XVII, dió de manos á boca con un pedimento original de ejecución, que decía:

«En Madrid á siete de abril de myll e
»seiscientos=e tres ante el Sr. licenciado
»e juez de Vergara=tenyente de corregi-
»dor de esta villa. El padre=fray Agus-
»tin de Torres procurador del monesterio
»=de santo Domingo el rreal desta villa
»=presentó una scriptura de censo y en
»=virtud della pidió execucion contra=
»la persona y bienes de juan gomez za-
»patero, &.

»Auto=El Sr. Tenyente mandó se haga
»la dicha execucion=como se pide y así
»lo mando=ante mí=Obregon.»?

Entusiasmada estaba mi pobre huma-

nidad, recreándose con los gurrapatos, nexos, rasgos y abreviaturas de aquel endiablado documento jurídico, modelo de galimatías caligráfico, cuando de entre sus hojas cayeron dos pliegos de papel que casi iba á despreciar, y levantándolos del suelo á duras penas, leo lo siguiente, entre convulso y anhelante, y aun mirando con recelo, temiendo que alguien viniese á arrebatarme el hallazgo:

SEGUNDA CARTA DE D. QUIJOTE A SANCHO
PANZA, GOBERNADOR DE LA INSULA BA-
RATARIA.

Aunque plenamente satisfecho, Sancho amigo, de lo bien que te portas en el gobierno, duéleme en el alma que olvidado hayas mis preceptos, pues que uno de los primeros fué que cuidaras del aseo de tu persona, y por ende, nunca usaras garras de cernícalo lagartijero. Si recordado hubieres mi otro consejo de comer poco y cenar más poco, no te enconaras contra el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, de quien te sé decir juzgarle hombre sabio y prudente. Siempre hebe tenido escrúpulos de que la glotonería había de dar en tierra con tu buena estrella y con los provechos que hubieres de la caballería andante, y agora confirmome de mis sospechas. Trátante á cuerpo de rey, pues en las mesas de los principes y personas de alta alcurnia, es donde son examinadas las viandas y manjares que se sirven, y las amonestaciones de un hombre docto son fielmente observadas por aquellos grandes señores, cuya vida importa mucho á la República. Dícesme que el tal doctor no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y que las medicinas que usa son dieta y más dieta hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor la flaqueza que la calentura. ¡Oh pláticas las mias tan mal empleadas con un escudero apegado á los placeres groseros! ¡Más valierame haberte dejado guardando cabras, y no haberte protegido y por mi mediación elevado al puesto indigno que ocupas! Sábeta que más ciencia muestra el doctor que previene las enfermedades, y observador de la naturaleza, es parco

(*) Haciendo referencia á que el que lo leyó, padecía á la sazón de una laringitis, y no se le entendía bien.

en medicamentos y operaciones, que no aquel que, abusando del *récipe*, á troche moche endilga drogas y brebajes, ungüentos, emplastos y triacas, y á diestro y siniestro pincha, saja, corta y quema. Si cada cual no despreciara los mandamientos higiénicos, y los doctos y gobiernos mirasen por el comun, en lo que respecta á la cantidad y calidad de las cosas de comer y beber, salubridad de las habitaciones, limpieza y aseo de las villas y ciudades, ni fueran necesarias tantas medicinas, ni las epidemias y contagios las diezmaran. Convéncete, oh buen Sancho, y estima cual debes los consejos del sabio varon que la Providencia puso en tu camino, que mucho provecho puede reportar á tu salud y á la de aquellos por cuyo bien debes velar como cuerdo gobernador; y no te dejes arrastrar por tu natural inclinacion á la holganza y buena vida, que los que ejercen altos empleos, no es tanto para que coman suculentos manjares y paladeen vinos exquisitos, y duerman entre sábanas de Holanda y en colchones de pluma, como para administrar recta y debidamente, y aun sufrir privaciones é incomodidades, si fuera menester: con ello haránse merecedores de la confianza que en ellos depositaren sus administrados. Háme sido muy grato que no hayas tocado derecho ni llevado cohecho: así habrán visto tu desinterés y desprendimiento; mucho más agora que las miradas todas estarán fijas en cuanto hicieses y hablaras; y no te dejes seducir tomando á préstamo de los vecinos de esa insula ducado ni maravedí: de esta guisa obrarás y administrarás justicia con independenciam, sin miramientos ni trabas: no seas de los gobernantes que tienen que sofocar la voz de la conciencia y doblegar la vara de la justicia por haber tomado el pulso á ruines provechos. Propuesto á ser tu Caton, deja al maestresala en libertad de tomar ó no mujer de su gusto, y no platicues nada con el hidalgo Diego de la Llana en lo que atañe á tu hija: ni prevaleerte has de tu posicion para hallarla buen acomodo; ni los padres deben forzar los sentimientos é inclinaciones de sus hijos: cuanto más, que yendo contigo tu

familia, si al mancebo parecen bien las dotes personales de tu Sanchica, él pondrá mientes hasta verlo de poner en vias de hecho.

Prosigue, Sancho, las requisiciones por plazas y mercados; y hé al doctor Pedro Recio que puede serte de gran estima: señálale un sueldo pingüe, é imponle la obligacion de inspeccionar las carnes, caza y pescado, la madurez y sanidad de las frutas, la adulteracion de la leche y vino, pan y demás otros artículos de consumo, y al propio tiempo inquiera si dan el verdadero peso, y si las pesas están sujetas á lo prescripto en las pragmáticas insulares: todo tu celo será poco con las plazeras y vendedores, exigiéndolo así la salud y holgada vida de los habitantes de ese tu gobierno.

Vino el propio que la señora Duquesa mandó con los corales y el vestido para tu mujer Teresa Panza, trayendo dos cartas: una, dando las gracias á mi señora la Duquesa, que á la verdad prueba que de tal árbol tal astilla: increíble parece que siendo tú y tu familia rudos y de humilde condicion, os expreseis con tan natural despejo: la otra, á tí dirigida, que recibirás al par que la presente. Mucho contento recibió la Duquesa con las razones de tu esposa y con un medio de bellotas como puños y un queso que aventaja en calidad á los de Tronchon. Perdona, amigo Sancho, que con mi vènia leído haya la señora Duquesa la carta que te dirige tu mujer: tanto como la debemos ambos, hubiera sido una ingratitud no complacerla: no cesa de alabar el buen discurso de sus palabras y lo digna que es Teresa Panza de un gobernador como tú. Del mismo modo que dices no echar en saco roto la gratitud que eres en deber á los señores duques, soy yo del propio parecer; pero los altos deberes de la caballería andante están muy por encima de todos los miramientos sociales, y bástete por agora, que ser no puedo más explícito.

Nada me dices de si el mayordomo que es contigo, y del cual sospechaste por su semejanza con la Trifaldi, anda en algun gatuperio de hechicerías ó encantamientos. No me hube extrañado que no com-

prendieres lo del gáteado, aunque ya supones juiciosamente ser obra de malandrines y follones encantadores. Y así es la verdad: sábetelo que tratan de hacerme perder la fidelidad que cual complido caballero debo á mi señora D.^a Dulcinea: yo te rogaria, oh Sancho, con motivo tan plausible, que luego de cumplir los ministerios de tu gobierno, y retirado á tu aposento, diérase diariamente alguna docena de azotes á buena cuenta de los tres mil y trescientos á que estás obligado; que una vez desencantada la señora de mis pensamientos, no habria lugar á bellaqueñas de ningún género: es la mayor merced que hacerme pudieras, y á que en conciencia estás comprometido, pues á mí y á la caballería andante debes cuanto vales y cuanto eres, y nunca olvides que el que no es agradecido no puede ser bien nacido. No dejes de la mano cuanto bien hacer puedas por tus insulanos, y será asimismo la mayor muestra de gratitud con que honres á nuestros señores los Duques: más caro les será, y lo mesmo á mí, tu buen tino en la administración de los Estados que pusieron bajo tu inmediato gobierno, que no regios presentes ni frases muy sentidas; aquellos, porque revelarían que esquilmas al pueblo, y éstas, porque á fuer de polidas, parecieran á algunos poco dignas.

Concluyo deseándote que respetes los consejos del doctor, con lo que Dios te guardará por mil años.

Tu amigo D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

Hallada por
FRANCISCO RODRIGUEZ BLANCO.

A CERVANTES.

No rindo vasallaje al poderoso,
Ni al que laureles gana destruyendo;
Ni me fascina el lujo portentoso
Del que, pobre mortal, pequeño siendo,
Grande se cree, grande cual coloso.

No me deslumbra el oropel mentido,
Ni el orgullo mezquino que envanece
Del que fatuo, altanero y engreído,
Soberbio, altivo, en su ignorancia crece,
Y ningún pensamiento ha concebido.

Tributo culto al GENIO, cuyo vuelo

En alas de su rica fantasía,
Remóntase potente al alto Cielo:
Al que la humanidad en este día
Su nombre aclama con vehemente anhelo:

Al GENIO colosal, sabio profundo:
Al héroe, al vate, y al guerrero manco,
Que con su nombre llena todo el mundo,
Y hoy de la tumba con aplauso arranco,
Para mostrarlo grande, sin segundo.

Ante tu augusto nombre venerando,
El pensamiento absorto desfallece;
Y tu grandeza extático admirando
Al que ensalzaria intenta, lo enmudece,
Tu saber y tu ingenio contemplando.

Ansío inspiracion, estro sublime,
Para cantarte con sonoro acento,
La admiracion que el entusiasmo imprime,
La que mereces, ¡sin igual portento!
Mas tu recuerdo el corazon me oprime.

Un templo levantara á tu memoria
Si mi númen á tanto se prestara;
Mas grande ya lo tienes en la historia;
El más sublime que jamás pensara:
El templo augusto de perpetua gloria.

Divina inspiracion, préstame aliento,
Que al gran Cervantes cántico se entona!
Mi amor ferviente á tu grandeza atento,
Al Ser Supremo pide una corona
Para elevar tu gloria hasta su asiento.

PEDRO CANALES.

23 de Abril de 1876.

NUEVO MERITO DE EL QUIJOTE.

Quando se considera el entusiasmo que el nombre de Cervantes inspira en España y el extranjero, cuando se reflexiona que ese entusiasmo se halla tan incarnado en el corazon de los españoles, que no sólo bajo ese nombre se organizan espectáculos, se forman sociedades, se publican periódicos, se constituyen academias, sino que el Diccionario de la lengua ha tenido que adicionarse con más de una palabra cuya radical es Cervantes, acude pronto á nuestra mente la pregunta de si ese entusiasmo será sólo el delirio del frebricitante, y pasajero como éste, ó si, por el contrario, tiene condiciones de ser, y de ser duradero.

Si yo creyera axioma el que siempre consideré como sofisma del *vox populi vox Dei*, la respuesta á esa pregunta se-

ria categóricamente afirmativa. Desde la choza del pastor al palacio del magnate el nombre de Cervantes es conocido y venerado; y esta popularidad, que casi constituye el carácter de universalidad en la creencia que distingue á las verdades de sentido comun, parece abonar dicha creencia. Pero yo, que estoy muy acostumbrado á ver en la volubilidad uno de los atributos esenciales de la personalidad humana; yo, que he visto en las imparciales páginas de la Historia una multitud de ídolos populares, ensalzados hoy, escarnecidos mañana; yo, que dedicado á los estudios científicos sé por experiencia que hasta en este tranquilo terreno, principios y verdades considerados ayer como inconcusos, han pasado muy luego á la categoría de insignes delirios, no puedo contentarme con el *vox populi*, no ya para aquilatar el mérito de Cervantes (que á tanto no llega mi osadía), sino para responder siquiera á la cuestion de si el ídolo ante quien tributamos entusiasta culto, podrá bajar algun dia del suntuoso pedestal á donde le han elevado y sostenido tantas y tantas generaciones.

Dispensadme, Señores, si en medio del sagrado fuego que os anima, derramo el agua helada de una idea que, estoy pronto á asegurarlo, sé que jamás os ha ocurrido. Pero no voy á discutir; voy tan sólo en estos breves momentos de atencion que os suplico, á pensar en voz alta ante vosotros, á indicaros la série de razonamientos que me condujeron á rendir yo tambien pleito-homenaje á la majestad del grande hombre cuyo *tránsito* conmemoramos.

Acostumbrado á ver las mismas debilidades y miserias, iguales dolores, en seres de idéntica organizacion, yo no puedo ménos de proclamar la unidad de la especie humana, y por lo tanto la igualdad de todos los hombres ante la ciencia, como en nuestros tiempos las escuelas políticas proclaman esa misma igualdad ante la ley; y, admirando la sublime mano del Creador, impresa en todas las maravillas de la naturaleza, y el exquisito cuidado con que ésta jamás ha hecho cosa alguna *per saltum*, ni dudo como hombre de

ciencia, ni repugna á mi conciencia como católico, que en la continua tendencia de aquella hácia la perfeccion de todas sus obras, el hombre á despecho de su orgullo es tan sólo el animal más perfecto; y esta perfeccion consiste principal y casi exclusivamente en la llama divina que arde en su cerebro.

Pero si en todos los hombres existe igual organizacion, en los diferentes órganos de cada uno hay indudablemente diverso grado de perfectibilidad; y así como todos los que se dedican á los ejercicios gimnásticos, adquieren aumento considerable en sus fuerzas físicas, pero muy pocos tienen la aptitud necesaria para ser un Hércules, así cuantos cultivan su inteligencia, la desarrollan, pero á muy pocos les está concedida la gloria de ser un hombre eminente; lo que se llama un genio. Hay que tener tambien presente, que si el hombre de gran capacidad intelectual es apreciado siempre, el genio necesita, para brillar, de un cúmulo de circunstancias que pocas veces se reune. Sin la revolucion francesa, es más que probable que Napoleon I nunca hubiera pasado de ser un distinguido oficial de artillería.

Ahora bien; reunia Miguel de Cervantes Saavedra las condiciones necesarias para ser tenido como una inteligencia superior, y, por lo tanto, el culto que hoy se le rinde es racional y lógico, y el nombre del autor de *Don Quijote*, sobrevivirá á nuestra generacion y á la sucesiva, como lo ha hecho á las anteriores?

Hijo de padres de poca hacienda, la elevacion de su cuna no podia exponerle á las miradas de sus contemporáneos, y siguiendo luego en su adolescencia la vida aventurera que otros muchos en aquella época, ni sus actos de valor, ni aún su sangre derramada en Lepanto, podian causar asombro en un país en el que puede decirse que el valor y el heroísmo son virtudes muy vulgares. Su noble conducta y sus sufrimientos en la Argelia, podrian tal vez haber excitado la simpatía de sus contemporáneos, tratándose de España, donde siempre es simpática la desgracia; pero de vuelta á su país, despues de su rescate, es muy segu-

ro que el nombre de Cervántes se hubiera pronto olvidado, si algun hecho extraordinario no se hubiera opuesto á ello. No quiero detenerme á indicar las circunstancias que precedieron y acompañaron á la invencion del gran poema épico del siglo XVII: el hecho es que el poema aparece, y un humilde libro, cuyo destino aparente era tan sólo solazar al lector y servirle de pasatiempo, ejerce sin embargo una influencia en su época, que no podrian sospechar siquiera cuantos al leerlo se regocijaban con las locas aventuras del hidalgo manchego.

¿Cuál fué, pues, el mérito de esta obra y qué influencia la que ejerció en las costumbres de su época?

Desde los tiempos más remotos la mujer fué considerada más bien como un objeto que como un sujeto, y en el constante abuso de su poder que siempre ha hecho el más fuerte, el hombre que con ciego orgullo se ha considerado á sí mismo como el señor y dueño absoluto de todo lo creado, rehusaba admitir un copartípe de su despótico dominio; queria á todo trance conservarle íntegro, y, aunque veía en la mujer su mismo aspecto, su misma carne, su mismo ser, considerábala sólo como un objeto de placer, como un trofeo más que agregar á los que ornaban su carro de triunfo. Pero cuando más ensimismado en un dominio, que nadie le disputaba, se encontraba el hombre, fórjase en una miserable aldea el rayo que ha de abatir tan necio orgullo, y el divino filósofo, el hijo de Nazareth, se encarga de demostrar al hombre sus yerros, y de emprender al par que la gran obra de la redencion citada en el Génesis, la no ménos grande y santa de la redencion de la mujer.

Y si le estaba vedado levantar el anatema del *pariteril cum deloribus*, como tambien el de separar de sobre su cabeza las muchas calamidades que la afligen, la salva de su abyeccion y servidumbre, la eleva á compartir con el hombre su solio, y hace comprender á entrambos que son mitades de un mismo individuo, partes de un mismo ser, y que unidos, es como han de cumplir su destino sobre la tierra; y al elevar á la mujer hasta el hombre,

eleva tambien á éste, que ya no tendrá que sonrojarse de la esclavitud de aquella á quien debe en primer término su vida, su primer alimento, y los primeros y más indispensables cuidados.

Pero hay una ley universal en la naturaleza, segun la que, la reaccion es siempre igual y contraria á la accion, ley que no sólo se cumple indefectiblemente en la naturaleza física, sino tambien en el orden moral y en el social; y, por lo tanto, incapaz el hombre de mantenerse en el justo medio que el mártir del Gólgota le impusiera, no tarda, apenas la doctrina de éste se hace católica, es decir universal, en llevar á la exageracion tan sanos principios. Y la mujer cesa de nuevo de ser compañera del hombre para convertirse en su señora: y el señor, el despota de ántes, es quien rodea con orgullo á su propio cuello la cadena de la servidumbre más abyecta, aunque sea voluntaria.

Y se santifica á la mujer, y se ensalzan hasta sus mayores debilidades é injusticias, y comienza, en una palabra, una era de fanatizados y fanáticos, diferentes sólo de los que seguian al *Viejo de la Montaña*, en que su haschich era el mandato de su dama, y sus voluptuosos ensueños estaban sustituidos por una sonrisa afable, por una mirada tierna. Y del fanatismo á la locura la transicion es insensible, pues aquel es tan sólo una especie de ésta, y por lo tanto puede decirse que desde entónces empieza á gobernarse el mundo por una generacion de monomaniacos, no ménos dignos de compasion y lástima que lo fueron en fecha más posterior los lunáticos de las Cevennes, los convulsionarios de Saint Médart.

Tal vez se me tache de intransigente al oirme lanzar sobre una generacion entera, ó sobre varias generaciones, el sambenito del fanatismo y de la locura; pero ante el sano y rígido criterio de la ciencia, no acierto á designar con otro nombre la sociedad á que me refiero. En efecto, ¿cómo llamar al individuo que, constituido en paladin de su altiva dama, arrostra por ella los mayores peligros, riñe con quien no la rinde pleito-homenaje, combate con quien siquiera la dirige una mirada, y muere gozoso y procurando á manera de

los antiguos gladiadores caer en una postura interesante, y pronunciando sonriente el nombre de aquella á cuyo capricho, tal vez, inmolará su vida? Estos individuos habitaban en la Edad Media los castillos de los poderosos, los palacios de los magnates, y en nuestra época son conducidos á San Baudilio del Llobregat ó á Nueva Belen.

Pero de nuevo agitan la atmósfera leves auras, que hacen presentir la desaparición más ó menos pronta, de semejantes ideas, y sin embargo, aún hay quien intente mantener los fueros de la tradición, quien se esfuerce en sostener un imperio que se desmorona y cuyos pedazos caen sin cesar, y las ideas caballerescas refugiadas en las columnas de los libros de aquella época, se defienden tenazmente de las ruinas que les amenaza, é intentan recobrar su perdido influjo.

Pues bien; á ese torbellino de enajenados, á esa generación de fanáticos, á esa lava ardiente de imaginaciones volcánicas, dió el golpe de gracia Cervantes; y al hacerlo, demostró hasta en los más insignificantes pormenores, lo colosal de su talento. Cervantes sabía muy bien que la persecución airada engendra los mártires, y que la sangre de éstos es fructífera semilla para la propagación de cualquier idea por extravagante que sea; pero sabía también, que no hay castillo suficientemente fuerte para resistir al ariete de la sátira y del ridículo, y de esta poderosa arma se valió para combatir al que entonces todavía era un gigante de cien brazos, capaz de anonadar cualquiera otra inteligencia que no fuera la suya. Cervantes, en medio de los delirios de su época, y á pesar de ellos, conservaba la razón suficiente para apreciarlos en su justo valor, y su obra, delicia de los literatos y poetas de toda época, es también un modelo dignísimo de ser tenido muy en cuenta por los médicos alienistas.

Veamos una prueba de la profundidad inmensa del juicio de Cervantes.

En su época ni Pinel, ni Esquirol, ni Descuret, ni Falret, habían escrito sus inmortales obras sobre enajenaciones mentales, obras hijas de un estudio detenido y de una gran práctica. Y sin em-

bargo, D. Quijote es un tipo perfecto de la monomanía caballerescas. Las causas que en él obraron, son las reconocidas hoy por la ciencia; los síntomas físicos ó somáticos, los que la observación de muchos años ha revelado; los síntomas psíquicos, no han sido expresados mejor por Esquirol y Pinel. D. Quijote no es hombre vulgar; ántes de su monomanía era reputado por una inteligencia algo más que mediana; sus ocupaciones no le fatigaban, y nunca se entregó á ejercicios activos que modificasen su temperamento nervioso, contrabalanceando así con el desarrollo de la fibra muscular y del sistema sanguíneo la exquisita sensibilidad de sus nervios. Entrégase á la lectura de novelas, pero lo hace con el afán del hombre sensible y bueno que no tiene otra ocupación más perentoria, y que interesándose por los principales personajes de la obra que lee, no se apercibe del veneno intelectual que pueda estar diluido en los mil detalles con que el autor envuelve su narración; de lo que se origina que, poco á poco, y sin darse cuenta de ello, se va acostumbrando su imaginación á centenares de extravagancias é inverosimilitudes, cuyo valor no se ocupó en disminuir al principio, y que luego, y de una manera inconsciente, acepta como moneda corriente.

Y su espíritu se exalta, y su fantasía se alhaga con las más portentosas hazañas. Y el sueño huye de sus párpados. Y el apetito se le disminuye. Y su cuerpo enflaquece. Y de esto se sigue, que, siendo el cerebro en él, el único órgano que vive, pero con una vida exuberante, y á expensa de los demás órganos, tiene necesaria y precisamente que padecer en fecha más ó menos próxima, ya de una manera física, ya de una manera psíquica.

Hé aquí producida la enajenación mental. Llegado á este extremo D. Quijote, y sin que la razón ponga dique á las extravagantes ideas que surcaban en su mente, créese de buen grado uno de los héroes de sus novelas, asáltale la idea de acometer las más extraordinarias empresas; y, después de proveerse de cuanto su imaginación le aconseja como necesario,

se apresta á realizar sus propósitos. Ya declarada su locura, cuanto le ocurre es natural. Como á todos los monomaniacos sucede, el error lógico se encuentra en los principios; admitidos éstos, hasta los menores detalles son consecuencia precisa de ellos. Si existe una D.^a Dulcinea del Toboso, dotada de cuantos atractivos puede soñar la imaginación, si esta doña Dulcinea es la predestinada para D. Quijote, si la única manera de arrancarla de las garras de perversos encantadores es adquiriendo alto renombre y fama en los fastos caballerescos, nada más natural y más lógico que todo cuanto emprende D. Quijote. Y no se tache de inverosímiles sus aventuras. D. Quijote, como todos los monomaniacos, padece de alucinaciones y de ilusiones, reputadas por los alienistas, más bien como trastornos del encéfalo, que como lesiones de los sentidos; y el que pretenda ceñir á su frente los más inmarcesibles laureles, ¿qué extraño es que conciba en su calenturienta mente que un gigante es un rival digno de su esfuerzo? Con esta idea preconcebida, la altura de un molino de viento, le parece la talla del gigante; sus aspas, al moverse, los cien brazos con que la mitología adorna á algunos; y padecida esta *ilusion*, D. Quijote acomete al enemigo cuyo vencimiento le ha de producir el renombre á que aspira. Falret, que en su «Tratado de enajenaciones mentales,» menciona este hecho, que por lo mismo he citado, dice respecto á él lo que textualmente copio: «Es posible que D. Quijote tenga la sensación confusa de un molino de viento; que en su espíritu haya una vaga conciencia de ello; pero, ¿qué puede la debilidad de esta sensación contra la fuerza irresistible de la idea fija? La sensación no es, pues, entonces, más que la ocasión de un error, cuya causa reside en el alma.»

Pero desviase D. Quijote de las ideas caballerescas, y entonces, ¡qué cordura la suya! ¡qué juicio más recto! ¡qué profundo conocimiento del mundo! Los consejos que da á Sancho cuando éste iba á encargarse del gobierno de su Insula Barataria, son dignos del hombre de más recto criterio. El doctor D. Pedro Mata cita en

su «Tratado de Medicina legal,» á un empleado en el gobierno de una provincia importante de España, en la que ha prestado excelentes servicios, que le han valido ser respetado en su puesto de muchos años acá, cuyo individuo desbarra extraordinariamente, y como el loco más desenfrenado, en cuanto se le habla de nobleza. Créese decendiente de una antigua y elevada casa, y que le pertenece de derecho la corona de España. Yo he asistido á un oficial del ejército, joven sumamente pundonoroso, que repentinamente empezó á comportarse de una manera muy equívoca con sus subordinados. Pasaba la mayor parte del día bromeando y jugando de manos con los soldados, quitándoles el dinero y rompiéndoles la ropa. Cuando se le separaba de ellos, y se le reconvenía, contestaba con la mayor lucidez, que sabía que semejantes actos eran sumamente censurables é indignos por todos conceptos de él, pero que no podía evitarlos; que existía una fuerza superior que á ello le arrastraba; que esta causa no era otra sino que estaba magnetizado, y me suplicaba encarecidamente que lo *desmagnetizase*, ofreciendo someterse á cuanto yo creyera oportuno para conseguirlo. Cuando se expresaba así, daba gusto hablar con él, y casi casi convencia de que, á ser posible lo que aseguraba, el magnetismo era la causa de su trastorno mental.

D. Quijote se mantiene en carácter durante todo el decurso de su historia, y hasta cuando recobra su salud, poco tiempo antes de morir, lo hace de un modo que no rechazaría el más escrupuloso alienista. Cuando después de su combate con el caballero de la Blanca Luna y de su vencimiento, se ve precisado á cumplir las condiciones que su enemigo le impusiera, su curación no se verifica repentinamente: así lo hubiera escrito un novelista vulgar; pero Cervantes conocía perfectamente el tipo que describía, y D. Quijote, renunciando á la fuerza á sus empresas atrevidas, lo hace completamente contra su voluntad, obedeciendo aún al principio en que se fundaba su locura; consolándose con la idea de que en cuanto termine el año podrá volver de

nuevo á su vida de caballero andante; refugiándose en el último atrinchamiento del desencanto de su Dulcinea, merced á los azotes que Sancho ha de propinarse; tratando, por fin, de dirigir su imaginación hácia otro orden de ideas extraviadas, y soñando en hacerse pastor, y obligarles á seguir la misma vida á su inseparable Sancho, al bachiller Carrasco, al cura, y á todos sus conocidos; y sólo así, paulatinamente, y como por grados, es como la razón brilla nuevamente en su inteligencia, hasta el punto de que, al morir, el D. Quijote agonizante es el mismo hombre de juicio y de recto criterio que ántes de sus lecturas y de sus veladas. Así es como vuelven á la razón los monomaniacos, en que por lo mismo que el trastorno mental se refiere sólo á un orden determinado de ideas, parece como si la alteración cerebral que le acompaña es más profunda, aunque parcial, que cuando el desorden se extiende á la inteligencia entera.

Después de cuanto acabo de expresar, ¿cómo conceder que el libro inmortal de Cervantes, y, por lo tanto, el nombre de éste, puede morir? Déjesele de considerar como un poema que retrata, ridiculiza y mata los vicios de su época; prescindase de los elevados pensamientos que á cada paso contiene; ni se repare siquiera en su castizo lenguaje; *Don Quijote de la Mancha*, despojado de todo esto, será un magnífico estudio sobre enajenaciones mentales, el tipo más acabado de la monomanía caballeresca.

Bórresele á la obra el título; sustitúyasele, por ejemplo, con el de «Observaciones de un caso notable de monomanía,» y de seguro no habrá hasta la consumación de los siglos biblioteca de médico alienista á la que no honre con su presencia.

Podeis, pues, Señores, continuar en vuestro justo entusiasmo; no temais que la crítica más severa tenga para vosotros la menor censura, ni que la ponzoñosa envidia cebe en vuestra piel su afilado diente; elevad aún más y rodead de más numerosos laureles el alto pedestal que sostiene nuestro ídolo: que mientras en España y en el mundo exista un literato

ó un hombre de juicio, el nombre de Cervantes será pronunciado con el respeto y la admiración con que se pronuncia siempre el nombre de los Genios.

¡El Genio es inmortal! Humillemos ante él nuestras frentes.

DR. CAYETANO DEL TORO.

Cádiz: 1876.

LAS DOS ALMAS.

«Tu madre te enseñó á amar:
Por ella amaste al Señor:
Él fué tu primer amor:
No lo puedes olvidar.»

Oir esta voz creía
Un filósofo cristiano:
Era Cervantes anciano,
Y el alma quien tal decía.

«Esto es saber escribir:
Inventar sin ofender,
Sin infamar reprehender,
Y hasta alabar sin mentir.

«Oh generoso varón,
Dueño de inmenso tesoro,
Rico sin perlas ni oro,
Honrado sin ambición;

«Dejando siempre burladas
La envidia y la enemistad,
Vino á tí la vanidad,
Y halló tus puertas cerradas.

«Hablas con voz del cariño
A tu siglo delirante,
Y le hablas como un gigante
Que trata al mundo cual niño.

«Niño, sí; que en su ilusión
Comprende el bien poco á poco:
Mientras se burla de un loco,
Lo llevas tú á la razón.

«Y sigue. Tras de tu encanto
Otra cosa no divisa:
Por esa senda de risa
Irá á las selvas del llanto.

«Ese llanto salvador
Que el bien eterno asegura,
En que acaba la locura
Y empieza el divino amor.

«El hombre ¿qué adora? A sí:
Sólo su mortalidad:
Cervantes, la humanidad
Es lo menos que hay en tí.

«Soy tu espíritu: el fulgor
Que enciende tu fantasía:
Quien hoy te dice «ALEGRÍA.»

Mientras tu cuerpo «DOLOR.»

» Del alma ves la virtud:
Sientes su inmortalidad...
Estás en la ancianidad,
Y ella está en la juventud.

» ¿Sonries acaso ó suspiras,
Tú, vacilante y enfermo?
¿Vives en campo tan yermo
Que hoja verde en él no miras?

» Con las flores más amenas
Tu noble vejez encantas:
Eres ruiseñor que cantas
En el árbol de tus penas.»

Esto el alma repetía:
Cervántes, arrodillado
Ante el altar venerado,
Con trémula voz decía:

«¡Oh Dios! á este anciano ven,
Y renazca en mí la calma;
Que eres la vida del alma,
Mi vida y mi solo bien.

» ¿Hay un cariño mayor,
Como el que siento y sentí,
Si el alma yo tengo en tí,
Y el tesoro de mi amor?

» Y tanto en mi pecho labras,
Jesús, con tu amado aliento,
Que adoro en tu pensamiento,
Porque adoré en tus palabras.

» Labios de pura verdad,
Prendas de un bien deliciosas,
Donde he de aspirar las rosas
De amor y felicidad:

» Volved para mí y por mí
En un movimiento leve:
Sólo el aura esta voz lleve:
TE AGUARDA TU DIOS AQUÍ.

» No viviré en el temor
De tanta dicha perder,
Porque yo no tengo ser,
Como no tenga tu amor.

» La gloria mundana un día
Me dijo—ven, que te espero;—
Mas ¿para qué glorias quiero
Donde está la gloria mía?

» ¿Pues cómo podré vivir
Sin mi dulce amado bien,
Y tú dejarme también
Al verme de amor morir?

» ¿Mi Dios dije? Sí en verdad.
Mi Dios, porque en tí confío...
Mi Dios, sí, porque eres mío...
Y mi sola propiedad.

» Mi pecho es mar en bonanza:

Con las aguas de mi llanto,
Creció, creció... mas no tanto
Que me lleve la esperanza.

» Por mi libertad suspiro,
Como cautivo en Argel:
Si el mundo me da un laurel,
Tras ese laurel ¿qué miro?

» Risa aleve y lisonjera,
Promesa, al fin de un tirano:
Verdugo que da la mano
Para subir la escalera.

» En este templo colgué
Las cadenas argelinas:
Aquí las voces divinas
De mi consuelo escuché.

» Trinitarias religiosas,
Seguid en vuestra piedad:
De mi alma la libertad,
Pedid, pedid amorosas.

» Soy de la fe campeón,
Y de mi patria adorada
Llevo la cruz en la espada
Y á Cristo en el corazón.

» Dad, en prenda de mi fe,
Asilo á mi cuerpo inerte:
No será muerte la muerte;
Que en vosotras viviré.

» Dios, que al humilde levantas,
Dénme la eterna quietud,
Este vergel de virtud
Entre sepulcros de santas.»

Esto Cervántes habló
Por el dolor conmovido;
Y un dulcísimo gemido
En el coro respondió.

Es su hija: la inocente
Quisiera á su padre oír,
Por sentir y más sentir
Lo mismo que el padre siente.

Luz de amor santo despide
Y mira al Cielo llorosa:
Esa es de Cristo una esposa
Que por su padre le pide.

» Niña, tus rubios cabellos
(Ella dice con ternura)
Tocaba yo en mi locura,
Queriendo jugar con ellos.

» Es ya tiempo de olvidar
De niña ilusiones vanas:
¿Quién tus venerables canas
Podiera hoy ¡padre! besar?

» Mi espíritu adivinó
Lo que causa tus dolores;
Tuya soy cual son las flores

De aquel que las cultivó.

» Y al verte como te veo,
Tras esta reja encerrada,
Te digo en dulce mirada:
¿Cuál es, padre, tu deseo?

» Cuando aquí las maravillas
Venga de Dios á adorar,
De mi padre le he de hablar,
Pero siempre de rodillas.

» Siendo niña, mi gemir
Hallaba en su seno calma:
En los brazos de su alma
Déjame, mi Dios, dormir.

Ella levanta su velo:
Cervantes junto á las rejas
Le dice: «Si tú me dejas
¿Quién darme podrá consuelo?»

¿Qué extraño, pues, que á los dos
Una pena igual aflija:
Son un padre y una hija
Que hablan por medio de Dios.

Y él prosigue en caro acento:
«Sobre mi tumba ignorada,
Sé tú la imagen sagrada
De un vivo arrepentimiento.

» Un poema de dolor
Escribe mi diestra aún fuerte;
Primer canto de mi muerte
Que sólo entiendes, Señor.

» Y su llanto contemplad,
Llanto de eterna alegría.
Es la luz del alma mía
Que me anuncia libertad.»

Dijo Cervantes: salió
De aquel templo sacrosanto:
Se envolvió en su pobre manto,
Y humilde al mundo tornó.

Gran enseñanza se encierra
En este su puro celo:
Alma, que á Dios tiende el vuelo,
Siente volver á la tierra.

Cual ave á un débil cordon,
El alma se ve ligada:
Vuela un punto alborozada...
Pero sigue en su prision.

Mas ¿qué importan las pasiones
Del mundo al genio cristiano?
Dios lo cubre con su mano...
Miradlo, generaciones.

Tu genio es planta sagrada:
Cada siglo ves pasar,
Que se sienta á descansar
A tu sombra venerada.

Inútil fué el ciego anhelo

De la envidia y sus maldades:
Los rayos y tempestades
Jamás hacen daño al Cielo.

ADOLFO DE CASTRO.

SEGUNDA PARTE.

MISCELANEA CERVANTICA.

Circunloquios. — Edición eliográfica de EL QUIJOTE.
— El torero Montes. — Estadística sobre los nombres
del caballero y del escudero. — El periódico CRÓNICA
DE LOS CERVANTISTAS. — Capítulo de disculpas.

AL SR. D. JOSE PALACIO Y VITERV, ETC.

Mi respetado amigo y dueño:

Dicen los gramáticos que con los verbos ser, estar, haber, tener, y otros de continuo uso en casi todas las lenguas, sucede lo que con aquellas herramientas á las que el no interrumpido trabajo gasta, desvencija, cambia y altera en la forma. Si estos útiles pierden su primitiva hechura, los verbos antedichos la pierden también, convirtiéndose en tan irregulares, que apenas podría conocer á algunos de sus tiempos el infinitivo que los engendrará. Una cosa parecida ha sucedido á *El Quijote*, y es, que en fuerza de celebrarlo los viejos, de entenderlo los hombres, de leerlo los mozos y sobre todo de manosearlo los niños, casi podría pasar por un libro de caballerías á los ojos de Miguel de Cervantes, si resucitara, y se le antojara repasar alguna edición de su gran libro.

Retráteme el que quisiere, pero no me maltrate, dijo D. Quijote; y vea V. al francés Gustave Doré y á los españoles Cano, Vega, Pascual, Ferran, Olmo y otros, traduciendo con el lápiz ó el pincel el difícil tipo del de la *Triste Figura* y de su escudero, maltratados ambos, no sólo en las grotescas láminas de abanicos, paquetes de cigarros, cubiertas de jabones y perfumes, aleluyas, cajas de fósforos, etc., sino también en las fojas de libros cuyos editores han vociferado el esmero y gastos hechos para representar la *vera effigies* del buen Hidalgo de la Mancha.

Y como escritor y pintor todo es uno, según Cervantes, recordará V. que bajo el curioso epígrafe de GALERÍA HISTÓRICA MODERNA se publicaba en Barcelona el año de 1865 (impresión de Juan Llorens), una colección de folletos, entre los cuales se hallan las

Aventuras de Leontino y amores con la Reina Nelsa;

D. Juan de Serrallonga;

La Perla de las Antillas;

Espinas de una Flor;

Guerra de Africa;

y otras obras que no alcanzo la razón de llamarlas *históricas*, contándose entre ellas la

HISTORIA DEL CABALLERO ANDANTE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y SU ESCUDERO SANCHE PANZA.

Consta dicho cuaderno de 24 páginas en 4.º á dos columnas, y cuatro grabados. Divídese en cinco capítulos, los cuales contienen en lacónico extracto, y con lenguaje mixto de antiguo y moderno, las principales aventuras de *El Quijote*.

Yo me figuro, amigo mío, que presumiendo Cervantes que su Ingenioso Hidalgo había de verse pintado en bodegones y manoseado por niños, yo me figuro, repito, que no pediría castigo para los modernos Orbanejas de pluma y de pinceles, que han vulgarizado y abaratado su obra en casi todos los pueblos del mundo.

El sentido en que deben tomarse las palabras *retrálenme, pero no me matrálen*, se refiere al texto del libro cuando hubiera de copiarse, pues á su autor se le antojó que no existiría nación ni lengua donde no se tradujese; se refiere al deseo de que su pluma no fuese tocada; se refiere á que los engaños del autor ó los descuidos de los impresores, confesados por boca de Sancho, forman una parte armónica de la obra, como ciertos absurdos ó disparates de los antiguos arquitectos, dan carácter y aun belleza á varios edificios de las edades pasadas.

«¡Ay querido Doctor! (me decía mi amigo el gran actor D. Julian Romea): los errores del *El Quijote* le hacen falta, le dan mérito, son el sello de es obra humana;... y aunque esto sea exageración mía, yo quisiera un *Quijote* con sus primitivas

erratas... con su mal papel... con su letra borrosa;... vamos... un *Quijote* puro y tal como lo vió Cervantes después de impreso!»

¿Quién había de decirle al eminente cómico que tales deseos habían de realizarse después de su muerte?

*
*
*

No conozco más que de nombre al señor coronel Lopez Fábra, y profésolo, sin embargo, gran afecto y buenísima ley. Soy uno de los tantos amigos, para él desconocido, que tiene cada escritor y vea V. la causa. Me cuento entre los que afirman que *las cartas son la sangre del comercio y de la sociabilidad*; que no hay individuo que *deje de participar de los beneficios físicos y morales del correo, y que en él vive, se mueve y existe nuestro siglo*. Creyendo esto, ¿no ha de merecer toda mi simpatía uno de los hombres á quienes Vds. los españoles deben el adelanto y perfección del sistema postal que hoy rige en esa Península? El coronel Lopez Fábra, soldado como Cervantes, y tenaz en sus proyectos como Cervantes, ha sido en esta ocasión el Albacea del autor de *El Quijote*. La linda edición de este libro que por medio del peregrino sistema eliográfico ha publicado en Barcelona, no es más que una justa satisfacción dada al *Cautivo de Argel* en la misma ciudad que él calificó de archivo de la cortesía y de venganza de los ofendidos.

Tal es á mi parecer uno de los puntos de vista (no afirmaré que sea el verdadero), bajo el cual puede considerarse, y yo considero, la gallarda copia de la edición príncipe de *El Quijote*.

El ilustre marqués de Molins señalando con una fijeza casi matemática el lugar donde yacen los restos de Miguel de Cervantes, y Hartzenbusch, Frontaura, y Lopez Fábra, dándonos el fac-símile del libro estampado por Juan de la Cuesta, merecen no sólo la gratitud de los españoles, sino también señal de piedra blanca por los innumerables devotos que el Hidalgo Manchego cuenta en toda la redondez de la tierra. Son, á mi juicio, los que acabo de apuntar, dos acontecimientos

de tal magnitud é importancia, que ni las presentes ni las venideras edades podrán echarlos en el olvido, ni ménos perecer al fuego de la tea ó al golpe de la piqueta, que tan galanamente manejan los cobardes vandalillos del siglo XIX.

*
* *

Hace ya algunos años, creo que en 1850, conocí en Andalucía al célebre torero, Maestro Francisco Montes. Hombre de mucho roce y trato con gente fina y principal, y relacionado con casi todas las notabilidades políticas, militares y literarias de su tiempo, era persona cortés, afectuosa y atenta. Rodó la conversacion sobre *El Quijote*, y figúrese V. cual seria mi entusiasmo (y la verdad, mi sorpresa) al oír exclamar al *diestro* que le encantaban las aventuras del Manchego, y sobre todas la de los *Leones*, por la prueba de *valentía*, *aplomo* y *sereñidad* (palabras textuales) que en ella habia dado el famoso Alonso Quijano el Bueno.

Estrechadas mis relaciones con el inclito Maestro de tauromaquia, y habiendo tenido ocasion de hacerle un pequeño obsequio, él me correspondió con el ejemplar del *El Quijote* de su uso, en cuya primera foja estampó cariñosa y especial dedicatoria autógrafa. Como V. comprenderá, esta copia, que es por cierto de las anotadas por Clemencin, ocupa lugar preferente en mi biblioteca.

Maestro—le dije al darle las gracias por su donación—¿qué diablos de letras y de números son aquellos que hay escritos de puño de V. al final de cada capítulo de *El Quijote* que V. me ha regalado?

Nada,—Señor,—aquello no es nada—me contestó. No haga V. caso. En verdad fué una tontera mía el apuntar allí los números. Me hallaba enfermo, y por entretenerme ¡manías de enfermo! fui contando las veces que se nombraba á D. Quijote y á Sancho en cada capítulo, y luego las apunté allí mismo. Y recuerdo por cierto que las sumé en un papel, y del total resultó mentarse tantas veces al amo como al mozo. Ya se ve (prosiguió diciendo Montes), como los dos valian mucho, el uno por su gran corazon y el

otro por su gracia, no quisieron darle preferencia ni al caballero ni al escedero.

*
* *

Vea V., pues, amigo mío, una estadística completamente nueva en mi sentir. Yo repasé en dos ó tres docenas de capítulos la cuenta hecha por el célebre torero, y la hallé exacta. En gracia de la brevedad hé aquí una sinopsis formada por decenas de capítulos.

	Número de veces que se nombra á D. Quijote.	Número de veces que se nombra á Sancho
PRIMERA PARTE.		
Desde la portada hasta el capítulo 10 . . .	163	61
Desde el 11 al 20 . . .	200	222
Desde el 21 al 30 . . .	216	224
Desde el 31 al 40 . . .	70	59
Desde el 41 al 50 . . .	186	111
SEGUNDA PARTE.		
Desde la portada hasta el capítulo 10 . . .	190	241
Desde el 11 al 20 . . .	227	176
Desde el 21 al 30 . . .	189	172
Desde el 31 al 40 . . .	130	214
Desde el 41 al 50 . . .	122	229
Desde el 51 al 60 . . .	183	225
Desde el 61 al 74 . . .	292	234
TOTALES. . .	2168	2168

Áun cuando soy algo aficionado al algoritmo, mis escasos conocimientos filosóficos no me permiten formar deducciones sobre la coincidencia, puramente casual en mi sentir, de la paridad en los números que marcan las veces que en la novela han sido designados D. Quijote y Sancho con sus propios nombres, y no por medio de alusiones ó de relativos. La opinion que ántes señalé, dada por el maestro Montes, no me parece de gran peso: si el *diestro* hubiese fallado sobre temas de *espada*, su sentencia causaba ejecutoria; pero en asunto de *letras* no vacilo en apelar ante superior y competente tribunal.

*
* *

Aquí llegaba en esta misiva, cuando el

correo me trae una tan fina como galante de mi amigo Leon Mainez, convidándome con el honroso encargo de escribir algunos renglones para la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS. Gallardo, bueno y nuevo me parece el pensamiento de haber creado un papel, consagrado á ocuparse de las obras de un solo hombre. Aun cuando el periódico gaditano tenga que luchar con los obstáculos que rodean generalmente á esta clase de empresas en España, la publicacion será siempre un digno y muy durable monumento consagrado á la memoria del Príncipe de los Ingenios. Si al Sr. Mainez le falta el apoyo de ustedes los españoles, que cuente, y yo se lo garantizo, con el de los alemanes, con el de los ingleses y con el de otras naciones del viejo y del nuevo mundo. Todas ellas contribuirán con su óbolo para la buena obra, á la que deseo el éxito más completo y favorable.

* *

Que mi ingenio es estéril y mal cultivado, pruébalo de sobra lo que dejo escrito. Si á esto agrega V. que la magnífica pereza es mi pasión favorita, y tiene además en cuenta que en estos baños busco mi salud quebrantada en la última campaña pruso-francesa, hallará V. la clave de mi jargarreta para *matar dos pájaros de una pedrada*; la razón del extravagante conducto por el cual llega á manos de V. la presente epístola, y por último, el *por qué* de su sabor á *gastritis*, del mismo modo que aquellos sermones del arzobispo de Granada se hallaban atacados de apoplejía.

Perdóneme Leon Mainez, y perdóneme V., de quien es con todas veras agradecido y devoto amigo q. b. s. m.,

EL DOCTOR THEBUSEN.

En los baños de Spá (Alemania).

PESENCANTO DE PULGINEA.

SONETO.

¿Cuando será, ¡oh Cervantes! que el destino
Acabe con la fiera, audaz ralea,
Que, encantando á la hermosa Dulcinea,
Nos ocultó su rostro peregrino?
¿Hasta cuando el follon y el malandrino

Han de vencer en la feroz pelea
Que trabó la mentira odiosa y fea,
Con la verdad, del Cielo don divino?
No es menester que nuevos caballeros
Salgan al campo con extraños mores,
A defender sus conocidos fueros:
No es menester que vengan más Quijotes,
Para vencer á los gigantes fieros;
Basta dar á los Sanchos mil azotes.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Lóndres: 1876.

CERVANTES

Y

SANTA TERESA DE JESUS.

Año y medio ántes que Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de los ingenios españoles, diese á la estampa la primera obra literaria que había de abrirle el camino del renombre y de la fama, *La Gataleja*, murió en Alba de Tormes una mujer que por todos era reverenciada, y de quien todos enaltecían sus virtudes, humildad, resignacion y costumbres verdaderamente ejemplares. Llamábase Teresa de Jesús. Aquella insigne mujer, llena de piedad sin límites; encendida en el fuego del amor divino; ángel de ternura puesto en la tierra por Dios para proporcionar el bien, para enjugar las lágrimas del desvalido, ser escudo de la virtud y amoroso consejero para seguir los rectos caminos de la verdad; alma, cuya pureza angelical, ahincadamente deseaba el triunfo y acrecentamiento de las salvadoras doctrinas del catolicismo; religiosa ilustre, cuyas fundaciones y austeridad y espíritu de dulcedumbre suspendían amorosamente los ánimos, en todos los corazones había inspirado en vida, é inspiraba despues de muerta, la admiracion más grande, y todos los españoles se enorgullecían de ser sus compatriotas, venerando aquel sobrehumano dechado de méritos y de perfecciones, aquella gloria de España en santidad y letras.

Miguel de Cervantes Saavedra, inteligencia superior, católico verdadero, fué uno de sus admiradores más profundos. Veíala celosa del bien de las almas, llena de fe contra las contrariedades y asechanzas del mundo, escudada siempre con la verdad, valerosa contraria de los

errores y los vicios, fuerte contra las maquinaciones de la impiedad, incomparable constantemente en todos los hechos de su vida, sublime en el trance de su muerte; velada, decimos, tal y tan inmensamente perfecta y grande como sus mismos actos testificaban, y su admiración hacia aquella religiosa Carmelita era también inmensa, ilimitada, y en su corazón de católico y de español vivamente deseaba que virtudes tan excelsas y merecimientos tan sobresalientes recibiesen veneración en los altares. Y si mucho admiraba Cervantes á Santa Teresa por sus virtudes, no la admiraba ménos por su grandísimo talento, por sus escritos sublimes. Encantábanle aquella gracia seductora, aquella propiedad, aquel tacto tan exquisito, aquel espíritu divino que en todos ellos resplandecían. Con efecto, la pluma de Santa Teresa de Jesús, movida por inspiración sobrenatural, sobrepuja á todo lo humano: narra, pinta, bosqueja, elogia, censura, condena ó sublima de una manera tan perfecta y magistral, que siempre quedan profundamente grabadas en el ánimo las máximas con que persuade. Amor santo y puro, caridad, humildad, resignación, las magnificencias de los Cielos y las pequeñeces de la tierra, la justicia, la nobleza de sentimientos, la pobreza, la sordida avaricia, la soberbia, la lujuria, la gula; virtudes ó vicios, perfecciones ó defectos, grandezas ó bajezas sociales, todo quedó admirablemente tratado por aquella seráfica doctora en sus escritos: ensalzadas aquellas, confundidos éstos. Y aplice y seduce mucho, y mucho más regocijaba á Cervantes, tan gran admirador de la Santa, aquella forma dulce, sencilla, atractiva, natural, llena de unción y de hermosura con que expresaba sus conceptos; estilo sin rival en nuestra literatura y único en su género.

Diez y ocho meses ántes de morir el insigne autor de *La Galatea*, de las *Novelas ejemplares*, y de *El Quijote*, un acontecimiento que llenó de orgullo y de gloria á la Nación Española, presentóle motivo para ofrecer á la memoria de aquella gran escritora, el homenaje público de su más entrañable admiración.

En 1614 el Papa Paulo V, á propuesta y por súplica del Rey Felipe III, los grandes de España, las Universidades, comunidades religiosas y gremios, se había dignado beatificar á la humilde religiosa de Ávila. Con generales regocijos públicos fué celebrado en España tan señalado suceso. En Madrid conmemoróse, entre otras fiestas, con un certámen poético, en el que tomaron parte los más afamados ingenios de aquella época. Tenía por objeto el certámen, no sólo enaltecer las virtudes de Teresa de Jesús, sino alabar la resolución del Padre Santo y el celo que por conseguir la beatificación de aquel dechado de perfecciones había demostrado Felipe III.

Cervantes escribió para aquel certámen una bellísima canción, á imitación de la poesía de Garcilaso

El dulce lamentar de dos pastores.

Consta de siete estancias.

Verdadera inspiración anima á Cervantes al ocuparse de los divinos éxtasis de la Santa. Las palabras que emplea, las imágenes que ofrece, todo expresa con perfección muy preciada, aquellos dulces arrobamientos de un alma pura que se reclina en el regazo de su Dios; aquellos instantes supremos en que la materia queda derribada y confundida ante la majestuosidad divina de un acto sólo reservado á los escogidos y á los que en virtudes y santidad son eminentes; aquel momento incomparable en que el ánimo inmensamente se regala ante la inagotable clemencia, misericordia y bondad del Creador.

¡Qué bella estancia la primera de la poesía!

Virgen fecunda, Madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce región maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú, que ganaste obrando
Un nombre sin segundo,
Ahora estés ante tu Dios postrada,
En rogar por tus hijos ocupada,
O en cosas dignas de tu intento santo,
Oye mi voz cansada,
Y esfuerza, ¡oh Madre! el desmayado canto.

Encareciendo luego los favores con que

la regaló el Señor desde sus más tiernos años, y de qué modo Dios daba manifestas señales de distinguirla como á la Santa predilecta que habia de hacer tan inmensos bienes á la Iglesia Católica, escribe los siguientes delicados versos:

Y así tu ser gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal; y así levantas
Tu cuerpo al Cielo, sin fijar las plantas,
Que ligero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.
Allí tu humildad te muestra Santa;
Acullá se desposa Dios contigo;
Aquí misterios altos te revela;
Tierno amante se muestra, dulce amigo;
Y siendo tu Maestro, te levanta
Al Cielo, que señala por tu escuela:
Parece se desvela
En hacerte mercedes:
Rompe rejas y redes
Para buscarte el Mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan continuo,
Que si algun afligido á Dios buscara
En tu pecho, en tu celda le encontrara.

La cancion de Cervántes obtuvo en el certámen un lugar distinguido entre las mejores. Cervántes, que tan calumniado fué siempre por la envidia y por la maldad de los hombres, dando esta pública muestra de su religiosidad, de sus sinceras creencias católicas, de su veneracion á Santa Teresa de Jesús, daba tambien el más solemne mentís, diez y ocho meses ántes de su fallecimiento, á las personas que le habian tachado de anticatólico, de incrédulo y de menospreciador de las glorias de la patria.

Cervántes era digno cantor de las virtudes y santidad de la reformadora de la Orden Carmelita. El natural emprendedor de Teresa de Jesús, decidido, lleno de confianza en la proteccion divina; aquella energía de carácter tan grande; aquel propósito, felizmente realizado, á pesar de los obstáculos é inconvenientes que suscitó la malevolencia, de glorificar á Dios con la reforma de la Orden del beato Alberto; aquella vida, tan rodeada siempre de persecuciones, y que tan sublimemente supo vencerlas todas, eran actos y méritos que más perfectamente que por otro escritor alguno, podian ser apreciados y enaltecidos por Cervántes, quien, aunque en órden inferior, tambien habia

sufrido mucho, también fué muy perseguido y vejado por sostener á todo trance la verdad, ser en toda ocasion defensor de los buenos principios, sembrar la semilla de las buenas costumbres en los corazones de todos, desenmascarar la mentira, venerar la religion y enaltecer la caballeridad y la nobleza de sentimientos.

Entre el Príncipe de los Ingenios Españoles y la compatrona de las Españas hay, por lo demás, un parecido tan notable en el mérito literario de sus escritos, que encanta y suspende el ánimo. Santa Teresa de Jesús y su admirador Miguel de Cervántes son efectivamente dos de los autores más leídos, más ilustres, más estimados de todos los españoles.

Tienen las composiciones de la primera ese sabor é inspiracion divina que con nada puede semejarse: tienen las del segundo ese atractivo y encanto que el genio creyente y católico difunde en todas sus obras. Las de entrambos son, segun nuestro criterio, el mejor dechado de estilo elegante y hermoso en nuestro idioma. Así como los pensamientos de Santa Teresa y los de Cervántes están siempre inspirados por la verdad y la alteza de ideas, así tambien son inimitables en saber emplear frases propias, naturales, significativas.

Muchos y muy insignes literatos resplandecieron en las épocas de Santa Teresa de Jesús y de Cervántes y en todo el siglo de oro de nuestras letras; pero con seguridad puede decirse, que ni á la una ni al otro superó ninguno en la feliz expresion de los conceptos, en castiza frase, en estilo regalado y dulce, y al mismo tiempo llano, natural, encantadoramente sencillo. Las obras de Santa Teresa y de Cervántes son de las más admirables que el idioma castellano posee. Son estos dos autores, sin duda alguna, dos de las glorias literarias más eminentes de nuestro siglo de oro.

¡Gloria á Santa Teresa de Jesús!

¡Alabanza eterna á su admirador Miguel de Cervántes!

MANUEL CERVÁNTES PEREDO.

París: 1876.

AL GENIO DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

Lleno el pecho de emoción
Canta mi lengua tu gloria,
Genio de immortal memoria,
Prodigio de inspiración.

Tú conquistaste una fama
Que se extiende en raudo vuelo
Do quiera su luz da el Cielo,
Y tu facundia proclama.

Tan renombrado es, Miguel,
Tu númen en todo el mundo,
Que con respeto profundo
El orbe se postra ante él.

Mas si con justos loores
El mundo te aclama ufano
Es porque el Genio Cristiano
En tí irradió sus fulgores,

Y con su luz bendecida,
Brillando en el corazón,
Te legó honroso blason
En lo heroico de tu vida.

Blandiendo el tajante acero
Venciste al soberbio turco,
Y en el mar abriste un surco
Donde se hundió un pueblo entero:

Era el pueblo musulman,
Del fiel jurado enemigo,
Y allí el severo castigo
Recibió de su desman.

La Cruz, enseña bendita,
Símbolo de redención,
Luchó en hispano pendon
Contra la gente precita;

Y al ser en el mar revuelto
Por mano fiel tremolada,
Fué la morisma humillada
Y su ejército disuelto.

Cervantes, como cristiano
Tu noble fe defendiste,
Y una corona ceñiste
Al ver perdida una mano:

Que es gloria de un adalid
Cuando la palma ha alcanzado,
Ostentar que se ha portado
Como valiente en la lid.

Mas si la mano siniestra
Te llevó la MEDIA LUNA,
Mengua no sufriste alguna,
Porque te quedó la diestra,

Y con ella libro insigne
Dejaste imperecedero
Que no hay propio ni extranjero
Que su frente ante él no incline.

Por tí la patria fué honrada
Con timbre de inmensa gloria
Y una página en su Historia
Quedó de tí consignada:

Esa página preciosa
Grabada con letras de oro
Nunca sufrirá desdoro:
Siempre brillará gloriosa.

MANUEL CERERO Y SOLER.

Cádiz: 1876.

UN ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA
A LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE

HOC SCRIPSIT.

Con el ánima afligida,
Cabe tu huesa postrado
De finojos,
A su llanto dan salida,
Al ver tu esqueleto helado,
Los mis ojos:
E si darte, en un segundo,
La vida, fidalgo fuerte,
Yo pudiera,
Tornado vivo á este mundo,
Rescatado de la muerte,
Te truxera.

—
Que á muchos fue melecina
E completo guarimiento
Tu locura,
Que en ella vieron dotrina
E muy sano documento
De cordura,
E tan curados quedaron:
E dilatados en juicio
E agudeza,
Que nunca jamás tornaron
A dar en el precipicio
De simpleza.

—
De tu esfuerzo é bizzarria
Prodigio fué manifiesto
Tal mudanza:
Y en descomunal porfia
Lanzó al error de su puesto
Tu pujanza.
Y endriagos é follones
E jayanes é gigantes
Concluyeron,
E las necias invenciones
De caballeros andantes
Fenescieron.

—
Lo que el buen gusto no pudo,
Ni las censuras sagradas,
Ni el talento,
Lo lograste, so el escudo
De tus armas aceradas
E ardimento.
E la pizmieta inficion
De fiebre caballeresca
Dió remate
Por el brió y discrecion
Y la virtud andantesca
De un orate.

—
Mas ya que en tus fechos vemos,
Utilísima enseñanza
Que imitar,
En ellos mesmos ponemos
Dolorosa remembranza
Que llorar:
Que si no á caballerías
Y á necios encantamientos
Nos tornamos,
A otras mil bellaquerías
De más ruines fundamentos

Hoy nos damos.

—
Que es ida toda medida
Del corazón de las gentes
De hoy en día,
E non curan más que hartura
Los miserables vivientes
A porfía:
Y aunque el mal que padecemos
Es al revés, en un todo,
Al de antaño,
Tu ingenio, en tales extremos,
Hallará buen acomodo
Al de hogaño.

—
Non verás de idealismo
E sus locas fantasías
La existencia:
Porque hoy sólo el egoismo
Tiene plaza en nuestros días
E influencia;
Que tanto están afincaos
A ruindades é torpeza
Los mortales,
Que somos necesitados
De quien quite, con presteza,
Tantos males.

—
Por eso así costreñidos,
De dolor é de amargura,
Recordamos
Tus descompuestos sentidos,
E tu discreta locura
Ansiamos.
Vuelve, loco peregrino,
A emprender nuevo sendero
Con tu lanza,
Con tu yelmo de Mambrino,
Tu rocín é tu escudero
Sancho Panza.

—
Torna otra vez á la vida,
Espejo de caballeros
Valerosos,
Que en esta edad fementida
No han de verse tus aceros
Muy ociosos:
Que á millones los malsines,
De muy diversos jaeces,
Has de ver,
E torpes é malandrines
E bellacos é rachees
Que vencer.

—
Y pues somos á tal guisa
E continuo afincamiento
Sujetados,
Pedimos, con grande prisa
De tan bárbaro tormento
Ser librados.
Non te arredres, magüer sea
La empresa tan temerosa,
Que no hay duda
Que en tan honrosa pelea
La vitoria no es dudosa
Con tu ayuda.

—
E si un cronista cual ántes,

Tan acabado y perfeto,
No has de hallar,
Que tan sólo hubo un Cervantes,
Siempre has de ser digno objeto
Que loar;
Que aunque corre desbocado
El mundo por la pendiente
Del error,
Al fin y al cabo, es probado,
Que se humilla al ascendiente
Del honor.

—
Por eso yo asaz marrido
Cabe tu huesa postrado
De finojos,
Lloran, al verte perdido
En tu cripta soterrado,
Los mis ojos:
E si darte, en un segundo,
La vida á tu cuerpo inerte
Yo pudiera,
Tornado vivo á este mundo,
Arrancado de la muerte
Te truxera.

PEDRO IBAÑEZ-PACHECO.

Cádiz: 23 de Abril.

TERCERA PARTE.

SANCHO PANZA, JUEZ.

Sesudo, y por demás discreto, se muestra el autor de *El Quijote* al trazar con hábil, cuanto graciosa mano, la historia del gobierno de Sancho Panza en la tan renombrada Insula Barataria.

Páginas admirables son aquellas, donde el genio inmortal de tan grande escritor ha vertido los principios más elevados, las máximas más sanas, las reglas más prudentes, para el mejor régimen y dirección de los pueblos. Allí, á semejanza de esos rios del Nuevo Mundo, cuyas risueñas y cristalinas aguas corren mezcladas á las arenas del más fino oro; allí, en ese manantial abundantísimo é inagotable de enseñanzas, tienen: el gobernante, donde recibir lecciones de la más íntegra, al par que de la más sabia administración: el gobernador, sin traspasar, por nada, ni en lo más mínimo, la esfera de su propia personalidad, donde desenvolverla personalmente, dentro de sus naturales límites: el ciudadano, en fin, donde encontrar prescripciones ins-

piradas por el deber, y derechos inviolables, sacados de la naturaleza misma, que huyen de las turbulencias, pero que son un dique inaccesible á las tiranías; sancionadas las unas y los otros por la moral más pura, por la moral por excelencia, por la Moral Cristiana.

Espejo clarísimo de sabiduría y de justicia, en que debieran tener puestos los ojos del alma aquellos que son llamados á gobernar las naciones, llámense Reyes ó Asambleas, ministros ó dictadores, son esos galanos capítulos, pertenecientes á una obra, monumento de imperecedera gloria para su autor, y de nacional orgullo para la patria que le diera el ser. Obra más grande y poderosa, que un ejército compuesto de miles y miles de hombres, porque no ha vencido á otras huestes, no ha sojuzgado á otros pueblos; sino que ha hecho más, porque ha dado el golpe de gracia á una preocupación universal, matando las edades pasadas, sin más fuerza que el ingenio, sin otras armas que una estentórea carcajada, sin dar más que campañas de risa y de chiste; pero alzando sobre esos alegres trofeos una hermosísima bandera, ante la cual tendrán que doblar siempre sus frentes, abrumadas bajo el encanto de una irresistible belleza, los demás pueblos civilizados.

Pero no vamos á admirar el sistema, que desarrollara en su Isla el célebre y simpático gobernador Sancho Panza, esa realidad del genio, esa creación de un talento vastísimo, más sensible y más positiva aún, en nuestras mentes, que la materia misma.

Vamos á concretar nuestro estudio á una sola de las fases del poder público, la más importante, la de mayor transcendencia, la que más esencialmente entraña y constituye la idea de poder. Vamos, pues, á considerar á ese labriego tan ilustrado, á ese rústico tan perspicaz en sus funciones judiciales, que debía ejercer como integrantes, en la organización política de aquel burlesco estado, del cargo de Gobernador á que le alzarán los méritos y servicios de su amo D. Quijote y la munificencia del noble Duque; sin que se entienda por esto, ni con mucho,

que el rollizo escudero del enflaquecido hidalgo no fuese acreedor á aquel alto puesto, que su buena estrella le llamaba á desempeñar en la, desde entónces, famosa Insula.

Los actos del buen Panza como juzgador demuestran, en materia tan árdua y delicada, su aptitud para aquel puesto, á pesar de no ser versado en letras, ni haber recibido grados académicos en ninguna Universidad del mundo; si bien es cierto, no deja de haber algunos, cuyos hombros cubre la purpúrea museta, que al empuñar la vara de la justicia, que se tuerce y enrosca y serpentea en sus manos, cual si quisiese huir de ellas, ó cual si candente hierro la abrasara, realizan hechos que son una feroz antítesis de aquellos títulos, y sobre los que, por lo mismo, el espíritu público hace sentir su inexorable fallo... que, á veces, por un arcano de la Providencia, suele ser el merecido castigo de esas transgresiones, no calificadas en los Códigos de los hombres; pero que sí lo están, y con indelebiles letras, en ese otro Código eterno é inmutable de la conciencia humana.

Llegado á sus dominios el nuevo Gobernador, en compañía del zumbonsísimo mayordomo del Duque, y después de salir á recibirle el Regimiento del Lugar, y hacerle entrega de las llaves, en medio de risibles y extramбрóticas ceremonias, y así que tributara gracias al Altísimo en la Iglesia, dió comienzo á su oficio por las más altas y más nobles funciones del poder público, administrando la justicia; bien precioso y por demás propio de todos los hombres, pobres y ricos, encumbrados y humildes, entendidos é ignorantes, indígenas y extranjeros. Sentóse, pues, en el sillón del Tribunal, aquel que, procedente de las eras y harto de rodar por ventas y cortijos, yendo á caza de aventuras en la andante y caballeresca vida á que le arrastrara su señor amo, el famoso y nunca bien ponderado hidalgo D. Quijote de la Mancha, se veía convertido de la noche á la mañana en Juez, llamado á dirimir las contiendas y las diferencias de sus administrados, él, que, hasta entónces, no resolviera otras que las habidas entre los cer-

dos y las gallinas de su corral, ó entre su rucio y las burras que encontrara al paso por los pueblos y las campiñas.

Mas debe hacerse justicia, porque al ocupar aquel solio, donde iba á distribuir la, su conciencia estaba tan pura como el diáfano horizonte de una tarde de primavera sobre la tranquila y verde-azulada superficie del mar. Su frente, á la que no empañaba la más ligera nube, podía levantarse erguida y altiva, toda vez que habia llegado á aquel puesto, é iba á sostenerse en él, sin lastimar ningún derecho, sin hacer derramar una lágrima, sin arrancar su posicion y su porvenir á nadie, sin gravar su conciencia, en una palabra.

Sancho Panza dió principio á su magistratura con la tranquilidad del hombre que ha seguido un camino recto y expedito, no tropezando con ningún obstáculo, no teniendo que volver la cara atrás para nada, y sin que el más leve átomo de remordimiento envenenara la allagüña posesion de aquel cargo. Por lo tanto, no podia temer, ni la merecida censura, ni el justo anatema de los hombres sensatos y juiciosos; ántes por el contrario, sereno y gozoso, la inspiracion bajó á su frente, y su entendimiento es de pronto iluminado por los resplandores de la verdad y de la justicia, y el sencillo labrador se ve objeto de la admiracion de todos, y llena su puesto de Juez, como el más capaz y el más competente.

El primer juicio que celebra aquel preclaro magistrado, de anchos gregüescos, medias azules, zapatos de vaca, chaqueta estropeada y mugrienta, alado sombrero campusino, con su inseparable calabaza llena del zumo de las cepas, y pendiente de la cintura, es el juicio de las caperuzas. Manifiéstase asaz prudente, y por extremo justo, el panzudo Juez al pronunciar su sentencia en este picaresco juicio, en que dos redomados bribones se procuran engañar mutuamente, y utilizarse el uno á costa del otro, bajo las más hipócritas formas del derecho.

Con efecto, cierto labrador fué á la tienda de un sastre para que, con el pedazo de paño que llevaba, le hiciese una

caperuza, si habia tela bastante; y como el interpelado le respondiera que sí, y aquel sospechase que le iba á escatimar algún paño, hubo de exigirle dos, y hasta cinco caperuzas, en lo que el otro convino finalmente; pero cuyo precio no queria satisfacer el labrador, luego que vió que las caperuzas eran tales, que, así que las iba sacando de debajo de su herreuelo, se las ponía el sastre, cada una en cada uno de los dedos de su mano. Engaño reciproco y broma harto pesada, donde uno y otro, impulsados por un mezquino lucro, habian ido por lana y merecian salir trasquilados.

Cuando los que componian la corte, ó camarilla, del astuto Gobernador de la Insula, se devanaban los sesos por descubrir qué solucion darian á tan difícil polémica, como engendrada en el consorcio de la sutileza y de la malicia, el honrado Sancho resuelve el asunto con una penetracion y un buen sentido, que ya envidiarian más de cuatro jueces, de esos, que al ofrecérseles un caso cualesquiera, por trivial y sencillo que sea, se les hace monte cuya intrincada y frondosa maleza no pueden penetrar sus ojos, y preguntan, inquieren y se dejan llevar en sus fallos, desde el dictámen que les diera el más lerdó ó intencionado alguacil, hasta el que oye de labios del hombre ilustrado y recto, que, allá en sus adentros, se rie de la candidez con que dicen los mismos que le consultan, por supuesto despues de oído el consejo,—eso era lo que yo pensaba,—ó del afán que muestran por aparecer disertos y peritos.

Pues bien; Sancho Panza, con una claridad de ingenio, con una rectitud de intencion sorprendentes, termina el negocio de las caperuzas, condenando á ambos litigantes: al labrador, á la pérdida del paño, y al sastre, á la del importe de su trabajo; que no á otra cosa son acreedores los que, arteramente, plantean demandas de mala ley, y quieren servirse de los tribunales como medio que autorice y sancione su dolo.

Si la prudencia y la justicia brillan en el primer juicio que celebrara el nuevo Juez de la Insula Barataria, la observacion y el buen tacto resplandecen en el

segundo, ó, séase en el de la caña, cuyo interior ocultaba los diez escudos, dados en préstamo por un anciano del pueblo á otro, que sostenía haberlos devuelto, mientras que aquel lo negaba. Léjos de proceder á la ligera, fijóse Sancho, desde que la comparecencia empezara, en los mohines, en las actitudes, en las gesticulaciones y en la manera de presentarse, hasta en los más pequeños detalles, de los que pleiteaban, tan de buena fe el uno, como de mala el otro.

Esto, á la vez que la natural desconfianza y sana mente del bueno del Gobernador, hicieron que no pasase desapercibido el hecho, para cualquiera otro insignificante, de dar la caña el demandado al que lo emplazara ante la Justicia, como para poder hacer el juramento con más holgura y desembarazo mientras lo prestaba sobre la vara del juez. Este no pudo ménos de reparar aquella circunstancia singularísima, por la que parecía incompatible el juramento en labios del presunto deudor, con el hecho de tener asida la caña que le servía de apoyo, y en la que, sagaz y astuto, clavó desde luego su socarrona é inquisidora mirada. A semejanza de esas chispas que brotan en las entrañas del pedernal, un foco de luz irradió en las concavidades del cerebro del ilustre escudero, y, apoderándose de su ánimo una vehementísima sospecha, le indujo á obrar tan cuerdamente, que, rota la caña, descubiertos en ella los diez escudos, el engaño probado y el engañador corrido, no tardó el dinero en ser devuelto á su dueño, y la vergüenza en caer sobre aquel que tan torpe como villanamente correspondía al que le favoreciera y amparara.

El magistrado de improviso, comprendió, con intuición vivísima, y allá á su manera, que el oficio de Juez requiere un estudio reflexivo y constante, más que del Derecho y de la filosofía de esta ciencia, de los pleitos y de los procesos que se someten á su juicio y fallo, si han de ser equitativos y justos y si han de corresponder á su elevada investidura; mereciendo la reprobación más enérgica aquellos jueces que no miran los asuntos que se les presentan, ó, que aunque los miren,

por desconocer, y aunque los conozcan, por no entender las leyes, no aciertan á dirimirlos y ménos aún á resolverlos, con lo que vienen á ser los verdaderos jueces, los que realmente deciden los negocios, las personas que les rodean, y, lo que es peor, sus mismos auxiliares ó actuarios.

Sancho Panza, llevado de su clara inteligencia y de su buen juicio, conoció asimismo, que el juez que lo es sólo en el nombre, que únicamente lleva el título, y que no pasa de ostentar las insignias de su cargo, aunque afecte una mentida llaneza y una amanerada modestia, si no se penetra de las funciones del mismo, si está privado de carácter para ejercerlas, quedando esto á merced y al capricho de terceras personas, siempre irresponsables, cae en el más espantoso ridículo, y no es tal juez, ni cosa que lo valga, por más que otra cosa se figure y por más que se vanaglorie de ser autor de unos hechos que no le pertenecen de modo alguno.

Soberbia prueba de prontitud en los juicios y entereza en el carácter da el ínclito Gobernador D. Sancho Panza, como él en su sencillez é ingenuidad no quería le llamaran, al dispensar la justicia en el litigio de la mujer y el ganadero, que ella decía la había felonamente engañado.

La treta de que se valiera el inteligente juzgador, poniendo á la demandante en el caso de hacer ver, que ella misma, mejor que su honra, había defendido los veinte escudos que el ganadero le diera como indemnización del atropello, para venir á parar en que había sido consentidora de aquel, y luego, con interesadas miras, convertir semejante hecho en ofensa y atentado á su pudor, revela ese conocimiento práctico, esa experiencia profunda de las cosas del mundo, tan necesarios al hombre de Ley, y que no pueden adquirirse, de modo alguno, en centros de población, cuyo estrecho y reducido desenvolvimiento, es un insuperable obstáculo á ese estudio eminentemente social.

De la propia manera revelan, el modo de proceder en ese mismo juicio, la rectitud y la entereza, el saludable rigor que desplegara el Juez al sentenciar una causa,

que, como todas las de su clase, exige un perfecto conocimiento de esa ciencia que forman las relaciones entre los dos sexos, y que es por lo mismo de las más difíciles que pueden caer bajo el imperio de la Justicia, castigando á la embaucadora con la pérdida de la bolsa de cuero, que contenia los veinte escudos, y con el destierro, en seis leguas á la redonda de la Insula, bajo amenaza que de que trantarlo, dispondria se la dieran azotes.

Sancho Panza, en aquel juicio, como en todos, desenvuelve la iniciativa, la decision y la severidad, que constituyen al buen Juez, huyendo de esas vacilaciones, de esas perplejidades, de esas dudas, que ponen, á los que así presuman de administrar justicia, en el más grotesco relieve, y cuyo espíritu vago é indeciso no sabe cómo fijarse ni á qué punto dirigirse entre los diversos términos de la cuestion más pueril.

Otros hechos registra el portentoso y celeberrimo gobierno de Sancho, que, aunque no en forma de juicio, y resueltos discrecionalmente por tan distinguido hombre público, entran de lleno en la esfera de lo judicial; no decayendo, ni mucho ménos, en su manera de tratarlos y de ponerles término, el ventrudo escudero del noble señor de la Triste Figura. En el exámen de aquellos juicios, y de estos hechos justificables, que tan sabiamente fallara nuestro personaje en la tan decantada Insula, se destaca gallarda y hermosamente el concluido modelo y la noble y respetable figura del magistrado digno de su mision.

Miguel de Cervántes Saavedra no es sólo el ingenio asombroso, el escritor fecundo, el tipo de los novelistas, el autor castizo cual ninguno, y cual ninguno correcto, el narrador humorístico y gracioso, el orgullo de España, el pasmo y la admiracion del mundo de las letras, á quien envidian con razon sobrada todos los pueblos cultos; Miguel de Cervántes Saavedra, es el hombre de Estado, el sabio gobernante, el juez íntegro, entendido y enérgico; que bien puede serlo, y más, el hombre que sabe exponer, en esos elocuentes y festivos capítulos de su inmortal obra, un sistema de gobierno tan

admirable y una administracion de justicia tan acabada y perfecta, como realiza en la Insula Barataria aquel Sancho Panza, aquel bellísimo engendro, que, en medio de la más horrible fealdad, brotara de su creadora y gloriosa pluma, y de que tanto y tanto tienen que aprender los más inteligentes y los más sabios.

LUIS MORALES Y CABRÉ.

Cádiz: 1876.

A CERVANTES.

SONETO.

Al sepulcro bajó desconocido
Oculto en las miserias de su estado,
Antes que por la Parca arrebatado,
Por los desdenes públicos herido.
Ni el cautiverio por su mal sufrido,
Ni la azarosa vida del soldado.
Pudieron apartar del desdichado
El férreo yugo en que vivió oprimido.
Los siglos pasan; su preclaro ingenio
Con placer sin igual el mundo admira,
Y eterno aplauso por los aires zumba.
¡Estigma aciago que acompaña al Genio!
Un pedazo de pan mientras respira;
Letras de oro al traspasar la tumba.

EMILIO GÓMEZ DE CÁDIZ.

Cádiz: 1876.

CRITICA LITERARIA.

Ardua y asaz complicada es la tarea que nos proponemos, y mejor habria sido dejarla para otras manos que sepan manejar la pluma con más gallardía y acierto; pero, á pesar de la legítima desconfianza que nos inspiran nuestras débiles fuerzas y escaso ingenio, vamos á acometer tamaña empresa, confiados en que este nuestro pobre trabajo obtendrá alguna benevolencia; y nada más justo que reclamarla de quien, siendo ilustrado, sabe que la ilustracion fué siempre compañera inseparable de la indulgencia. Estamos animados únicamente por el patriótico amor que Cervántes nos inspira.

Por los años en que floreció Cervántes lucia en todo su esplendor la época del renacimiento. Estaba en toda su preponderancia el amor á las letras, á las artes y á las ciencias. Lefanse con encanto los versos de Boscan y Garcilaso,

que introdujeron en, el ántes de ellos, imperfecto idioma castellano gran dulzura y armonía. La escena, en que hicieron sus primeros ensayos Lope de Rueda y Juan de la Cueva, vióse entonces ocupada por Lope de Vega, mientras que Calderon preparaba el material de sus obras.

Descubierto el nuevo mundo, Cortés, los Pizarros, Alvarados, Carvajales y Velazquez habian asombrado al orbe con sus inauditas hazañas, mientras que en el viejo continente Pavía, Lepanto y San Quintín, demostraban al universo que la victoria estaba encadenada á las banderas españolas.

Es una ley de la vida de las naciones que, á medida que aumentan su poderío, crecen y se desarrollan las ciencias, artes é industrias, que decaen y disminuyen en la misma proporción, cuando se debilita el poder de aquellas. De suerte que el desarrollo intelectual está en razon directa del poderío de las naciones.

Pero no es así en absoluto. La perfección del desarrollo intelectual, no coincide con la plenitud del poder, sino que aquella es algo posterior; de suerte que, colocada una nacion en el apogeo de su prosperidad, no llega al de las ciencias sino un poco despues, cuando ha empezado ya el decaimiento gradual de sus fuerzas. Y esto por una razon muy obvia: porque si el valor y la constancia que conducen al hombre á ejecutar acciones heróicas son innatos en él, las ciencias y las artes necesitan una larga preparacion: así como el hombre, que, á los treinta años se encuentra en la plenitud de todas sus fuerzas físicas, no alcanza la plenitud de su inteligencia y madurez hasta pasados algunos años, cuando ha comenzado á decaer el vigor de su organismo.

En esta época, pues, nació Cervántes. Su patria habia llegado ya al más alto grado de poder que ha alcanzado ninguna nacion de los tiempos modernos; y hallábase en la mediacion de su desarrollo intelectual, cuya perfeccion habia de ser obra de nuestro autor.

Larga seria la tarea de reseñar una vida tan agitada y llena de aventuras como la suya.

Nació pobre; fué paje á los diez y siete

años; soldado en Lepanto en 1571; cautivo en Argel en 1575-80; humilde empleado de Hacienda en 1592; murió pobre y miserable en Madrid en 1616.

Siempre perseguido por la adversa suerte, enriqueció á los libreros de su tiempo, sin conseguir mejorar su situacion. Mas no contenta la instable fortuna con perseguirle por tan varios modos, le suscitó nuevos pesares, y, como decirse suele, dentro de casa. Publicada la Primera parte de *El Quijote*, un escritor, oculto bajo el velo del pseudónimo, dió á luz una Segunda parte de *El Quijote*, en que acomete la magna empresa de vencer y deslucir al Príncipe de los ingenios.

Tamaño osadía no podia quedar sin castigo, y si bien Cervántes no obtuvo la justicia que le era debida en sus tiempos, la posteridad se encargó de otorgársela plena y cumplida, relegando al olvido la obra del imprudente escritor que se atrevió á insultar y escarnecer al gran Cervántes.

Pero ¿merece el falso *Quijote* el anatema con que ha sido estigmatizado, hasta el punto de que, siendo universal la obra de Cervántes, pocos, muy pocos, conocen hoy la de aquel? Juzguémoslo con imparcialidad.

Hay en *El Quijote* de Avellaneda cierta riqueza de imaginacion, habilidad en los medios narrativos, exactitud en algunas pinturas, verdad en determinadas descripciones.

Pero ¿cómo ha de poder competir Avellaneda con Cervántes?

Es dudoso, en primer lugar, que el escritor anónimo hubiese sido capaz de concebir su obra, si Cervántes no hubiese existido; porque, prescindiendo de los episodios, aventuras y galas de elocucion que adornan á *El Quijote*, sólo el plan de la obra, el pensamiento primitivo, la idea madre, es una de las más grandes y atrevidas concepciones del genio. En efecto, la lucha entre el realismo y el idealismo, entre la razon y la locura, entre la verdad grosera y positiva de la materia y las fantásticas quimeras del más exagerado romanticismo, esa eterna lucha que ha existido siempre con el hombre, vino á matar las preocupaciones, los encantos y

los delirios en que el hombre impresionable sueña lo que no existe.

Con *el Quijote* destruye Cervantes el extraviado idealismo que todo lo perturba y desconcierta, y el grosero positivismo que corrompe cuanto toca, como hijo el uno del orgullo y el otro del egoísmo y la ignorancia.

Pues bien; nosotros negamos que Avellaneda hubiese llegado á concebir este pensamiento. Por consiguiente, ni áun le concedemos la invención, que, dígame lo que se quiera, entra por mucho en el mérito y dificultad de las obras. Y la prueba de lo que decimos, está en que, habiéndose propuesto imitar á Cervantes y continuar su obra, mejorándola, no supo conservar los caracteres de Sancho y don Quijote, que encontró tan acabados y perfectos.

Así es que, los tipos que tomó de Cervantes, degeneran y palidecen en sus manos, y los que son de su invención propia, ó cansan ó repugnan.

La imaginación de Cervantes corre velozmente, sin esfuerzo alguno, adornada con todas las galas de la hermosura, la riqueza y la variedad. La de Avellaneda se arrastra trabajosamente, sin llegar ni áun por casualidad á levantar su vuelo y á encumbrarse una vez siquiera á la cultura de su rival.

Excusaremos hablar de la propiedad y belleza del lenguaje de Cervantes, puesto que su prosa es el dechado del buen decir: en cambio, la dición de Avellaneda es ménos castiza y áun dura é incorrecta, degenerando á veces en soez, cinica y asquerosa.

Las saludables máximas, los filosóficos consejos que hacen tan apreciable y aprovechada la lectura de *El Quijote* de Cervantes, no existen en el de Avellaneda, y por último, cuando éste, prosiguiendo en su intento de imitar á aquel, introduce en la obra novelas extrañas en vez de presentar una del mérito y fin moral de la del Curioso impertinente, nos regala una obra que consiste en la narración de un hecho altamente ofensivo á las buenas costumbres.

Hasta las gracias y donaires de Sancho se convierten bajo la pluma de Avellane-

da en palabras viles é imágenes groseras.

Pero dejemos ya á un lado á Avellaneda, y ocupémonos, aunque brevemente, de las obras de Cervantes.

Parto *La Galatea* el primero de su ingenio, nótese en ella desde luego que no tenía el juicio literario bastante formado. Multitud de episodios, no todos oportunos, la adornan, ó más bien, extravían al lector que se confunde en semejante laberinto de aventuras.

Siguiendo la costumbre de su época, Cervantes ofrece una Segunda parte, necesaria en verdad para atar tanto cabo suelto como en *La Galatea* deja; pero si la escribió, no llegó á ver la luz pública, y, aunque se sienta esa falta, porque tendríamos en ella otra joya del buen decir, probablemente como basada en los mismos fundamentos que la Primera parte, la Segunda de *La Galatea* no podría sostener comparación con las demás obras de Cervantes.

Adornan *La Galatea* multitud de versos, que, al decir de un crítico, son demasiados para tan malos, censura acaso sobrado severa.

Hasta en el estilo desmerece *La Galatea* si se compara con las demás obras de Cervantes. Aquel estilo siempre tan natural y elegante, conviértese en *La Galatea* en rebuscado y abstruso.

Obra propia sólo del gusto, costumbres y tiempo en que fué escrita, hoy apenas es conocida más que de los literatos, y si no fuese parto del esclarecido ingenio de Cervantes, acaso estaría completamente olvidada, como lo están las demás novelas pastoriles de su tiempo, tanto más, cuanto que teniendo *La Galatea* algo de alegórica, aquellos personajes cuyo verdadero nombre sabemos, podrían interesarnos algun tanto, por su forma y representación históricas; siéndonos de todo punto indiferentes, aquellos otros que nos son desconocidos.

En Francia el caballero Florian imitó y reformó *La Galatea*, agregándole una Segunda parte, que siempre fueron los franceses dados á aprovecharse de nuestra literatura para enriquecer la suya, sin citar siquiera en los más de los casos, la

fuelle de donde sacaron materiales para sus obras.

Dígalo si no el *Gil Blas* de Lesage, imitacion y copia en gran parte de las *Aventuras del escudero Marcos de Obregon*, del ilustre rondeño Vicente Espinel, y el *Diablo Cojuelo* del mismo Lesage, copia servil de la obra del mismo título de Luis Velez de Guevara y de otra nominada *Dia y noche* de Madrid, compuesta por Francisco Santos.

Los trabrjos de *Persiles y Segismunda*, fué el libro favorito de Cervántes, pues lo preferia á todos sus escritos, incluso *El Quijote*, bien así como los padres ancianos suelen preferir á los hijos menores.

Asombra en esta obra, que en edad tan avanzada conservase Cervántes imaginacion tan rica y privilegiada. Pero la multitud de lances y episodios, unida al poco atractivo que ofrecen los personajes principales, hacen que decaiga el interés y no pueda sostenerse la lectura de la obra, sino merced á las excelencias del lenguaje y del estilo, que es superior á todo encarecimiento.

En efecto, el *Persiles* (*) es desde el principio al fin un modelo de locucion correcta, fácil y elegante, que no tiene rival sino en algunas páginas de *El Quijote*.

¡Lástima grande que Cervántes, dejándose llevar del gusto de su siglo, escribiera obras de mero entretenimiento como *La Galatea* y el *Persiles* y no se dedicase exclusivamente á la novela filosófica, que era su aptitud principal.

El *Coloquio de los perros* es una fábula en que censura acerbamente, si bien con formas graciosas y ligeras, los vicios y abusos de la sociedad. Es quizá la mejor de las obras de Cervántes, excepto *El Quijote*.

La *Tia fingida*, obra escrita con mayor libertad de colorido de la que nuestro genio se permitia de ordinario, ofrece un cuadro completo y acabado de las artes y

amaños de las zurcidoras de voluntades de aquel tiempo.

Rinconete y Cortadillo, modelo el más perfecto del género picaresco, es la pintura viva y brillante de la vida y costumbres de la corte de los portentos, de Sevilla á fines del siglo XVI.

Es la *Gitanilla* una preciosa obrita en que, á vueltas de una ficcion sencilla é interesante, se hace una breve y animada descripcion de las costumbres de las tribus nómadas de gitanos, que en tiempo de Cervántes, más que en los nuestros, vagaban dedicadas exclusivamente al merodeo por España.

El amante liberal, famosa por el célebre apóstrofe con que principia; *La Española Inglesa*, en que se refiere un episodio del saqueo de nuestra ciudad por los ingleses en 1596; *El celoso extremeño*, en que enumera la sutileza de los medios que inventó el viejo Carrizales para impedir que los galanes persiguiesen á su jóven esposa; *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas*, y las demás que omitimos, acreditan la riqueza de su imaginacion y las galas de su mágico estilo. Baste decir que su detractor Avellaneda sólo pudo hallarles una falta: que parecían comedias habladas; es decir, que por motejar á Cervántes, hizo, sin pensarlo, su mayor elogio.

El teatro de Cervántes es hoy casi desconocido. Hase perdido *La confusa*, comedia de la que él mismo hace grandes encomios en el *Viaje al Parnaso*, y en nuestros dias sólo se ha puesto en escena en un teatro de Madrid su precioso entremés *El retablo de las maravillas*.

Réstanos hablar de la obra capital, de *El Quijote*; pero despues de meditarlo bien, reconocemos que seria en nosotros una osadía imperdonable el intento sólo de apreciar sus infinitas bellezas y señalar sus leves y escasas faltas.

¿Cómo condensar la idea moral y la profunda filosofía que emana de cualquier página del libro inmortal del Manco de Lepanto? ¿Cómo apreciar conocimientos tan universales y extensos?

Y si nó, ¿dónde se hallarán lecciones de recta política que iguallen á las que á cada paso se leen en *El Quijote*? ¿Dónde axio-

(*) Apoyamos el acento en la segunda sílaba, aunque conocemos la controversia que la pronunciacion de este nombre ha ocasionado entre los más ilustres cervantistas, sometiéndonos gustosos á la opinion del Sr. Hartzenbusch, que es de autoridad sobrada en la materia.

mas más literarios, más claros y más sujetos á las reglas del buen gusto? ¿Dónde filosofía más pura que la que vierten todas sus páginas? ¿Dónde advertencias más saludables para todas las clases de la sociedad, desde el soldado al estudiante, desde el magistrado al cómico? ¿Dónde conocimientos más completos del corazón humano, que las reflexiones que, á modo de paréntesis, suele hacer en muchos casos? ¿Dónde pintura más viva y exacta de las costumbres de su siglo? ¿Dónde tanta imaginación filosófica y cristiana?

Y en todo esto sobresale la verdad en los detalles, la exactitud en las pinturas y descripciones, la pureza y elegancia más completa en el lenguaje, el aticismo más perfecto en los donaires, la sensibilidad más exquisita, la facilidad y viveza del diálogo, siempre chispeante y animado, y la riqueza y variedad de los episodios.

España necesitaba en 1600 un genio que la pusiese á la cabeza de todas las naciones por la inteligencia, como lo estaba ya por el poderío, y ese genio fué Cervantes, que, superior á los escritores hasta entónces conocidos, no ha hallado aún competidores y llenó todo su siglo con su nombre.

Traducido *El Quijote* á trece idiomas, se han hecho de él más de mil ediciones; es decir, que es el libro que se ha publicado más veces en el mundo despues de la Biblia. Esto hace su apología: despues de la obra de Dios, está la de Cervantes. ¡Qué mayor lauro para un hombre, que no reconocer otro superior, y ceder sólo ante Dios!

MANUEL MARTIN DE MORA.

Abril de 1876.

CERVANTES EN LEPANTO.

Sobre el argentado mar
Que saluda al bello Epiro
Con el amante suspiro
De su sordo murmurar,
Vese una escuadra flotar
Junto al griego continente:
Las blandas brisas de Oriente
La acarician á porfía,
Y desde el Cielo la envia
Su soplo el Omnipotente.

En el tope más erguido
De una nave, ondea ufano
El pabellon castellano,
De sangre infiel aún teñido:
Grueso ejército aguerrido
Tripula la líbera armada:
Son los tercios de Moncada,
Que á Dios y á su patria fieles,
Van á emular los laureles
De Covadonga y Granada.

Vedlos...; en sus ojos brilla,
Cual Sol en el firmamento,
El indomable ardimiento
De los héroes de Castilla.
En vano la infiel cuchilla
Siembra dó quier el espanto.
Ellos, con júbilo santo,
Saben que Dios va á luchar
Contra los hijos de Agar
En las aguas de Lepanto.

Entre esos nietos del Cid,
Que en su denuedo fecundo,
Subyugarian el mundo
Si entrasen con él en lid,
Marcha un cristiano adalid
Que al Turco animoso reta.
Mirad su frente de atleta,
Y al par le vereis ornado
Con el laurel del soldado
Y el resplandor del poeta.

En vano fiebre traidora
Pugna con hervor creciente
Por ahogar el fuego ardiente
Que su bravura atesora.
Sonó la tremenda hora
Del suspirado combate.
Ved cual lidia el noble vate,
Mostrando en su invicta saña,
Que á los leones de España
La calentura no abate.

Soldado...! si el plomo frio
Horada tu brazo fiero,
Para blandir el acero
Aún te sobra aliento y brio.
Ruja el agareno impio
Y aseste el férreo arcabuz;
Que ya con vívida luz
El áureo sol de Helicon
Alumbra de zona á zona
Las victorias de la Cruz.

ARTURO G. DE ARBOLEYA.

Cádiz: 23 de Abril.

A CERVANTES.

Venid, edades pasadas,
Madres del antiguo ingenio,
Las que escuchasteis del genio
Las sonoras carcajadas;
Venid, y en torno agrupadas
De mi núnem infecundo,

Dadme algun rasgo profundo
Para dirigir mi canto
Al soldado de Lepanto,
A la admiracion del mundo.

Cervantes, eco de gloria
Que suena en el orbe entero,
El nombre más lisonjero
A la castellana historia:
Existirá tu memoria
Más que tu nombre quizás:
Eternas siempre verás
Las obras que te esclarecen;
Que las naciones perecen,
Pero los genios jamás.

¿Qué magia tan hechicera
Dentro tu nombre se agita,
Que al escucharlo palpita
De orgullo una raza entera?
¿Por qué un pueblo te venera,
Y alza á tu excelso talento
Un culto de sentimiento?
Porque en tu nombre se encierra
Lo más grande de la tierra:
Lo grande del pensamiento.

¡Imbéciles! no miraron
El genio sobre tu frente;
A los rayos de tu mente,
Helados, no se abrasaron;
Ciegos ¡ay! te encarcelaron
Los que no te comprendieron;
En cadenas te pusieron
Para mengua de la historia.
¡Necios! ¿Acaso la gloria
Y el genio, cárcel tuvieron?

Errante y desconocido
Y pobre el mundo corriste:
Por galardón recogiste
Envidia, escarnio y olvido;
Pero si pobre has vivido,
Hoy con desvelos amantes,
En sus pechos palpitantes,
De lo grande para ejemplo,
Cada español alza un templo
Al recuerdo de CERVANTES.

CASTO VILAR Y GARCIA.

CUARTA PARTE.

EL SIGLO DE CERVANTES.

A tí, Cervantes, gloria del siglo prepotente
Que asombro de los pueblos y las naciones fué,
A tí elevo mi canto, porque radió en tu frente
Del Genio entre fulgores la llama de la fe.

Siglo nuestro admirados le llaman, y no hay duda,
Los mismos que envidiaban el renombre español:
Las armas le coronan, la Religión le escuda,
Y para ver sus glorias ya no se pone el Sol.

¡Siglo de España grande, que empieza en un Cis-
(neros,
Y venciera en Lepanto y alzara un Escorial!
¡Siglo de grandes Reyes, de Reyes caballeros,
Para su gloria el mundo alzóse pedestal!

Tú, español generoso, de glorias que no empaña
Aliento de pigmeos, fuiste noble cantor:
Tú alzaste aqñese siglo, tú loaste esa España,
Para ella fué tu sangre, para ella tu loor.

Siglo que á Cristo dobla su potente rodilla
Ve á sus piés horizontes de triunfadora luz:
Si en las armas y letras y en las virtudes brilla...
¿Qué mucho... si en sus manos lleva cristiana Cruz?

Y allá en Trento sus hijos alzan ¡á España gloria!
Para su egregio trono sublimado escabel:
Jamás, siglo bendito, se borre la memoria
Del que á tu sien ceñiste religioso laur.

¡Herencia bendecida de Católicos Reyes
Que ante Granada roban su corona á Boadil!
¡Semilla bienhadada, que da por frutos leyes
Y triunfos y virtudes y paz y glorias mil!

¡Sús! á luchar..! al viento la altiva Cruz tremola,
De santidad el lauro la lidia ofrece... ¡sús...!
Y surgieron un Borja, un Javier y un Loyola,
Y la graciosa y sabia Teresa de Jesús.

Esa doctrina pura, de tu númen fecundo
Arrancas, oh Cervantes, y en mágico color
La virtud enalteces, y, admiración del mundo,
Legas un libro eterno de gracia y de primor.

Delirios de la mente que estraga la locura
Retratando en un loco, reflejas una edad,
Y en monumento insigne de sin par galanura
Dejas tu nombre grande á la posteridad.

Por eso yo, ministro del Dios de los altares,
Cuando en arpas sonoras hoy bajo el patrio sol
Preludian tus loores las lenguas á millares,
Hondo latido arronco de mi pecho español.

Y á tí, Cervantes, gloria del siglo prepotente
Que asombro de los pueblos y las naciones fué,
A tí elevo mi canto, pues que radió en tu frente
Del Genio entre fulgores la llama de la fe.

JOSÉ MARIA LEON Y DOMINGUEZ.

A CERVANTES.

SONETO.

Nació, y asombro fué del mundo entero
Por su inmenso saber, por su hidalguía;
Es el orgullo de la patria mia,
Y genio entre los genios, el primero.

Con fervido entusiasmo el pueblo Ibero
Lo recuerda orgulloso en este día,
Y la Historia y las Letras á porfía,
Hoy celebran su triunfo verdadero.

Porque seres así, nunca al olvido
Puede la mente dar, frívola y vana;
Que para ser eternos han nacido...

¡Gloria, pues, á su ciencia soberana!
Y cantemos con estro enardecido
AL PADRE DE LA LENGUA CASTELLANA.

JOSÉ DE VILLASANTE Y LAGO.

Madrid: 1876.

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
EN EL 260. ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

El acabar con tal muerte
Es comenzar nueva vida.

CERVANTES.

(El trato de Argel.)

En el rudo combate de Lepanto
Herido fuiste, pero audaz, valiente,
Luchaste en él con la morisca gente,
Siendo su asombro, su terror, su espanto.
Tu suerte adversa te llevó al quebranto
De ser cautivo, sin bajar la frente
Al Argelino bárbaro, inclemente...
¡Ah! ¡Cuánto padeciste! ¡Cuánto! ¡Cuánto!
Tu vida fué, Miguel, una cadena
De sufrimientos, cuya triste historia
Al corazón más duro causa pena;
Pero alcanzó tu alma la victoria:
Viéndola Dios purificada, buena,
Abrió sus brazos, la acogió en su gloria.

JOSÉ DE LA PLAZA.

A CERVANTES.

TRES VIDAS.

DOLORA.

Combatiste en las aguas de Lepanto
Por el nombre de Dios.
Allí al perder un brazo, conquistaste
La vida del valor.

Preso despues, tu ingenio cual tu alma,
Grande, inmenso tambien,
Te hizo autor de EL QUIJOTE, que vivieras
La vida del saber.

Y tu nombre la Fama donde quiera
No cesó de aclamar,
Y alcanzaste la vida de la gloria;
Existir divinal.

¿Cómo un aniversario de tu muerte
Se conmemora aquí?
El que alienta cual tú tres existencias
No deja de vivir.

PEDRO SAÑUDO AUTRAN.

Cádiz: 1876.

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA PRINCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES.

SONETO.

Vive Dios que tu nombre, sin mancha
Honra será de España eternamente,
Aunque tu siglo mísero, indolente,
En tu obra no vió una maravilla.

Tu vida amarga fué, pobre, sencilla,
Y sufriste, modesto, ocultamente,
De la varia fortuna lo inclemente,
En Argel, en la Mancha y en Castilla.

Vergüenza siente el alma al recordarte,
Lágrimas ¡ay! excita tu memoria,
Y á tanto desamor, tú le pagaste

A tu ingrata Nación, con una Historia
En que á su ingenio raro, le adunaste,
La página más grande de tu gloria.

SANTIAGO HIDALGO.

Cádiz: 1876.

CERVANTES Y FRAY JUAN GIL.

Si admirable es Miguel de Cervantes en todas las situaciones de su vida, aún más admirable lo fué durante aquellos tristísimos años en que sufrió horrible cautiverio en Argel; durante aquel espacio de tiempo en que la maldad y la crueldad más refinadas se conjuraron en infieles tierras para perseguirle cruelísima y desapiadadamente. De gran entereza de ánimo, de resoluciones gallardas, de propósitos verdaderamente sublimes, de resignación heroica, de loables y patrióticos pensamientos, dió repetidas pruebas Cervantes en aquellos sesenta meses en que no sólo tuvo que sufrir los malos tratos de sus opresores y verdugos, sino tambien que luchar y vencer contra las persecuciones, contrariedades y calumnias que la perversidad y osadía contra él esparcieron ó suscitaron. Pero sin embargo de la energía y entereza del carácter de Cervantes, eran muchos los momentos en que su ánimo decaía al golpe de tantos y tan continuados reveses como en el cautiverio sufriera, y su gran amor á la patria, y su no menor amor á su madre y á sus hermanas, y la desgraciada situación de su familia, desde la muerte de su señor padre, que habia acaecido durante su prision en Argel, y el deseo vehemente de recobrar la perdida libertad y poner

término á aquella vida donde vivia muriendo, le hacian clamar de continuo por el próximo regreso á la patria.

¡Cuántas veces, en aquellas lóbregas prisiones, entre lágrimas y suspiros exhalados de lo más profundo del alma, no murmurarian sus labios esta bella y tiernísima plegaria, que luego colocó en su comedia *Los tratos de Argel*:

Vuelve, vírgen santísima,
Tus ojos, que dan luz y gloria al Cielo,
A los tristes que lloran noche y día,
Regando con sus lágrimas el suelo:
Socorredme, bendita Vírgen Pía,
Antes que este mortal corporeo velo
Quede sin alma en esta tierra dura,
Y carezca de usada sepultura!

Las súplicas de Cervántes fueron atendidas. Tantas penalidades, sinsabores, esclavitud, trabajos y persecuciones, tocaron por fortuna á su término. Los redentores Trinitarios de cautivos, que tanto bien proporcionaban á los que en infectas mazmorras se hallaban aherrojados, fueron los salvadores de aquel gallardo español que lloraba en extrañas é infieles tierras sus desventuras é infortunios. Pero entre esos bienhechores de la humanidad hay uno, cuyo nombre debe siempre ir unido al del escritor á quien hoy veneran todos los pueblos cultos del mundo. Ese religioso es Fray Juan Gil. Fraile Trinitario, redentor de cautivos, ardiendo su ánimo en el amor al prójimo, ávido de procurar la dicha de los desgraciados, grande en virtudes, lleno de atractivo por su hermoso natural y condicion bondadosa, alejado de toda intriga, amigo de todos los buenos, preconizador de la alteza de pensamientos, llevando en su corazon un tesoro de magnanimidad y dulcedumbre, querido por sus superiores, respetado por sus iguales, venerado por sus adictos, enaltecido y sublimado por cuantas personas le trataban, era muy legítimo el renombre que como caritativo y apostólico tenia, y más insigne le cobró cuando libertó al mayor talento de su siglo, viniéndose en conocimiento de que sólo aquel hombre extraordinario en virtudes, podia apreciar como se debía y libertar á aquel otro hombre, extraordinario en letras y tambien en virtudes, á

quien Azan-Bajá reputaba como el primero de sus cautivos.

El 29 de Mayo de 1580, día de la Santísima Trinidad, llegaron á Argel el padre Gil y los frailes que le acompañaban. Su primer cuidado, su atencion primordial y su mayor desvelo, desde que desembarcó, fué buscar á Miguel de Cervántes, enterarse de su suerte, aliviar sus infortunios. Y se comprende perfectamente. La madre y hermanas del cautivo se habian presentado, algunos días ántes de que marchara de España á Argel, al benéfico padre Trinitario: las recomendaciones que le habian hecho, eran tan atendibles como poderosas. ¡Cuántas lágrimas no derramaria la madre de Cervántes al encarecer y suplicar la libertad de su hijo, sus penas, sus sufrimientos! ¡Cuántas no derramarían tambien las desoladas hermanas, deseosas de abrazar á aquel soldado que hacia cinco años no veian, que hacia cinco años que gemia en prisiones y cautiverio! Esos recuerdos de su despedida, ofrecianse al padre Juan Gil á su llegada á Argel, y le aguijaban poderosamente á conseguir la salvacion de Cervántes.

Todos los generosos esfuerzos del ilustre trinitario viéronse contrariados, sin embargo, á causa de la crecida cantidad que por el rescate de Cervántes pedia el inexorable Azan.

Eran ya pasados algunos meses de la estada en Argel de los Padres Redentores, cuando en Setiembre de 1580 aprestóse el tirano para marchar á Constantinopla, llevando consigo sus cuantiosas riquezas, perversamente adquiridas, y gran número de cautivos cristianos, generalmente de los más principales, y entre los que se hallaba el soldado heroico de Lepanto.

Redobló con tal motivo sus intancias y sus magnánimos esfuerzos Fray Juan Gil; pero todo era inútil: el momento habia llegado: Cervántes fué embarcado en un bajel turco el 19 de Setiembre de 1580. Aquel mismo día debia partir para Constantinopla.

Entónces Fray Juan Gil se dirigió de nuevo al rey de Argel, y tan inspirado estuvo, tanto encareció sus razones, y ablandó

las empedernidas entrañas del tirano con sus súplicas, ruegos y palabras llenas de evangélica caridad, que consiguió que el rescate de Cervantes lo tasase Azan en quinientos escudos de oro en oro, en vez de mil que ántes habia pedido, con tal empero de que se le entregara aquella cantidad en el mismo día.

La suma exigida últimamente por el tirano era con todo bastante exorbitante, pues los quinientos escudos de oro en oro de España, como puso por condicion Azan-Bajá, equivalian á veinte mil reales, y no á seis mil, como equivocadamente han dicho y creído todos los biógrafos de Cervantes, desde Navarrete á Moran, propalando un error que en nada se funda y ninguna razon abona. (*) De la familia de Cervantes, de un donativo de D. Francisco de Caramanchel, y de una limosna hecha por la Orden de la Redencion, la cantidad con que contaba el Padre Gil en aquellos supremos instantes para el rescate de Cervantes era 3,800 reales; faltaban, pues, para el completo de la suma que pedia últimamente Azan-Bajá 16,200 rs. Esa cantidad hubo precision de buscarla Fray Juan Gil entre mercaderes del mismo Argel, despues de aplicar á igual objeto 7,400 rs. que llevaba para el rescate de algunas personas que entónces no se hallaban en aquella ciudad. Y era tan conocido el nombre de Cervantes, tan grato á todos los españoles, tan respetado y amado entre las personas ménos instruidas, que desde luego las súplicas del magnánimo sacerdote fueron escuchadas, y se apresuraron los mercaderes españoles en Argel á entregar para el rescate del heróico soldado, y más tarde incomparable escritor, la cantidad de 8,800 rs. que faltaba.

Fray Juan Gil entregó enseguida á Azan los quinientos escudos de oro en oro en que habia estipulado el rescate, y no bien los hubo recibido el tirano, y hubieron percibido algunas doblas los oficiales del buque, que pidieron por sus derechos, fué desembarcado Miguel de Cervantes, y recobró la perdida libertad,

beneficio el más grato que puede obtener un hombre, pues sólo el cautiverio, como él dice en su novela *El Amante Liberal*, es bastante para entristecer el corazon más alegre del mundo.

Alma generosa, espíritu verdaderamente evangélico, que supiste comprender toda la alteza del talento de Cervantes, sacerdote ejemplar que libertaste á aquel á quien pocos comprendian, y los más ó perseguian ó despreciaban, ¡qué hombre de recta conciencia no venerará siempre tu memoria y no derramará lágrimas de agradecimiento ante tu bienhechora y sublime conducta!

¡Bendigamos todos los cervantistas, y reverenciemos siempre el nombre de aquel varon íntegro y virtuoso, que con su celo, piedad, resignacion y desvelos apostólicos, supo y logró impedir que Cervantes feneciera en alguna infecta mazmora turca, sin poder legar á su patria el preciado tesoro de su inteligenzia!

RAMON LEON MAINEZ.

A MIGUEL DE CERVANTES.

Cantad, cantad, ó vientos silvadores,
Reid, reid, ó fuentes cristalinas,
Los pétalos abrid, nítidas flores,
De mi patria en las vegas peregrinas:
Pulsad la lira de oro, trovadores,
Esmaltad de rosas purpurinas
Y al guerrero invencible de LEPANTO
Cantad, ó vates, con meliflúo canto.

Cantad, cantad, que su brillante historia
Le proclama por genio sin segundo;
El es de España la primera gloria
Cual gran guerrero y escritor fecundo.
Al través de los siglos su memoria
Las cinco partes recorrió del mundo,
Y hoy le rinden sus cántigas galanas
Inspiradas las musas castellanas.

Cantad, ó bardos, en la Gades bella
Donde ha tiempo formamos dulce coro;
Do fué Cervantes la fulgente estrella
Que iluminó vuestro cantar sonoro.
De ardiente inspiracion viva centella
Su fuego prendá en vuestras arpas de oro,
Y Cádiz, la paloma de los mares,
Con los vuestros arrulle mis cantares.

Que yo en la CUENCA de montaña fria
De esas límpidas playas alejado,
Recuerdo que también el arpa mia
De Cervantes las glorias ha loado.
Si plugo al Cielo en memorable día

(*) Extensos, originales y curiosos datos damos sobre esto en nuestra VIDA DE CERVANTES.

Trocar mi lira en místico cayado,
También pueden ornar de blancas flores
Al Ingenio cristiano los pastores.

—
Y si Dios ha acogido en su regazo
Al cautivo de Argel, allá en el Cielo,
Al que en Lepanto le rindió su brazo
Y murió penitente en nuestro suelo,
Olvidar no podrá el estrecho lazo
Que nos une, y raudales de consuelo
Lloverán sobre España envanecida,
Porque en ella el Criador le dió la vida.

Si, Miguel de Cervántes, hoy la España
Acude á tu sepulcro presurosa
Y sola y libre de presión extraña,
«Soy tu madre» te dice cariñosa,
Si alguna nube su nobleza empaña,
Porque en vida te fuera desdeñosa...
Los siglos tu renombre vindicaron
Y de lauros tu frente coronaron.

SEBASTIAN HERRERO.

Cuenca: Abril de 1876.

FIN.

BPM Cardenal Cisneros